AÑO XXVI. — Nº 1302.

EL DIA

MONTEVIDEO, DICIEMBRE 29 DE 1957.

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



...V PROMOCION DE ENFERMERAS.

Fotografía Juan Caruso)

En el salón de actos de la Escuela de Nurses "Dr. Carlos Nery" se realizó la ceremonia del juramento de Florence Nithingale, realizado por 16 beneméritas enfermeras graduadas en nuestro instituto nacional.

SECRETO DE UNA BELLEZA



CUANDO la diligencia **Chasquera Oriental** en su viaje a Melo se acercaba a Santa Clara de Olimar, dejaba el camino real y hacía un pequeño desvío hacia su izquierda, como buscando las puntas del arroyo Lechiguana. Tres días antes había salido de la Florida. Tal desvío se hizo durante años. En esa zona moraba el coronel Avero, hombre muy rico y, además, caudillo. El mayoral Piegas le hacía esta concesión llevándole cartas, diarios, y surtidos, pues como la hacienda era grande y cobijaba mucha gente, muy seguido bajaban o subían allí personas de toda condición. ¡Pucha que hace tiempo de esto!
Palmiro Sayago cuarteaba la Chasquera Oriental. Era hombre joven. Los ojos retintos y el bigote escaso y tieso acusaban que la cadena de su raza arrancaba de chanás o tapes. Era un indio fiero, de conformidad dura y movimientos felinos. Reia pocas veces; pero cuando reia irradiaba gran simpatía, afirmada por la blancura deslumbrante de sus dientes magníficos.

Bueno. La diligencia siempre salía de la estancia de Avero entre adioses, gritos, y ladrar de perros. Y andando una legua, al quebrar a la derecha buscando de nuevo el corredor al norte, pasaba frente a un rancho chiquito, medio perdido entre unas piedras y amparado por un ombú gigantesco. Era el Puesto de la Punta de la gran hacienda, que atendía un hombre que le decían el vasco, llegado al pago hacía añares, quien allí se aquerenció y se juntó con una china. A este hombre el coronel Avero le comisionó el puesto, que atendió con suma eficacia. Un día su doña le dio una hija, María Plácida, que ahora tenía diez y ocho años, a la que los crudos soles habían moteado la blancura de su tez salpicándola de pecas más espesas que granizo. Tenía los brazos fuertes, las manos enrudecidas, y como allí se andaba de pata en el suelo, los pies agrandados en un desparramo de dedos... Pero por sobre todo ese conjunto inarmónico lucía la esplendidez de una cabellera rubia, enrulada, casi triunfante de aquella fealdad.

Pues el indio Palmiro comenzó a ver que cada vez que se arrimaba al rancho del vasco — por el que pasaban de largo — hiciera el tiempo que hiciera, allá en la puerta estaba la rubia aquella. Cada ocho, o diez, o doce días, rodaba la Chasquera, levantando polvo o chicoteando barro: y allá estaba la rubia, firme, mirando más al indio que a la diligencia. Esto lo conoció muy bien Palmiro por sus ojos, que se los envidiara un lince. Y un día le abrió una sonrisa que se la tiró como para sondear sentimientos. ¡Y la rubia le respondió con otra que fue un clavel del aire colgado de la oscura corteza de un sarandí agrietado! Dos meses después Palmiro dejó caer un paquetito allí, que recogió María Plácida. Esta abrió el papel y se encontró con un pañuelo floreado. Y de ese modo se inició un mudo, extraño y elocuente amor.

✤

La esposa de Avero ha traído un varón al mundo. Es el primero — y será el único — hijo del coronel caudillo. En la estancia se vive un gran acontecimiento. Tres días dura la fiesta. El segundo llegó Piegas con su Chasquera. Avero le rogó soltara sus rabones y lo acompañara hasta el otro día, cosa que el mayoral aceptó. Y allá va Palmiro, maleta al hombro, a lavarse en el arroyo y cambiar su chiripá de trabajo por las bombachas de pueblear. Y cae al patio, luego, con la melena relumbrosa y los pies empargatados, pues siempre cuarteaba descalzo, estribando a lo loro. Lo mandaron a un galpón grande, donde servidumbre y peones tenían su mesa puesta. ¡Y se topó con la rubia del vasco!

Se enfrentaron, se detuvieron, y se miraron bien. Y los dos, después de examinarse mutuamente, sonrieron alentando el mismo sentimiento: —¡Qué indio fiero, naides me lo ha de codiciar! — pensó ella —. ¡La pucha con la rubia puntiada, naides me va peliar pa quitármela! — pensó él —. Y sintió de su boca estas palabras, que le sonaron musicales:

—¡Gracias por el favor del regalo!

Y vió —casi con arrobamiento— que dos puntas de pañuelo que él dejó caer aquel día, le hacían una mariposa sobre el pecho.

✤

Poco tiempo después murió el vasco. En su velorio María Plácida le pidió al coronal Avero que trajera al puesto al cuarteador Palmiro. Ya eran novios, todo el pago lo sabia.

—Mire, don Avero, será el único modo y manera de ajuntarnos el indio y yo. De si no se va a llevar yendo y viniendo, pasando y repasando por el rancho, sin más casa que su deligencia ni más recuesto que el mancarrón de la cuarta. Porque querernos nos queremos, pero el no va dejar su conchabo ni yo mi mama, caso de usté no querer tráirlo...

Mucho protestó Piegas ante la proposición del estanciero.

—Este indio me vale por una tropilla, coronel. Es jinete redondo y hombre cabal. Ha cuartiao hasta en redomones, y ha sabido cargar giros con más de muchos miles de libras cuando ha habido que llevarlos, cortando campo, en invierno, solo, y con la frontera a diez leguas. Con pasar la linia ya era hombre rico...

✤

Es enero. Cae la tarde con orquesta de pájaros, y sinfonía de flores, ungida de ese perfume suave y vital que el sol hace brotar de la tierra. El indio Palmiro sentado a la puerta de su rancho, en el puesto, frente al camino, toma los mates que le va alcanzando María Plácida. Cerca de él, hamacándose en un sillón rústico, está su hija María Palmira, de espléndida belleza. Tiene diez y ocho años, es la flor del pago. Hasta el hijo del coronel ya le ha arrastrado el ala. Pero Palmiro, con palabra mansa, le ha dicho:

—Lo mío, niño, ha de ser tuito derecho y tieso. Su mesmo padre me ha alecionao en ésto, y me hizo casar con la Plácida. La hija no es pa su condición. Deje que la elija otro con menos relleno que usté...

Pero es el caso que el niño empezó por sonreir, luego perdió la sonrisa, después le dio por cismar, y concluyó por desvelarse del todo. Y con su padre consultó el caso, pues era en el tiempo en que los hijos, con barba tendida y bigote espeso, pedían la bendición a sus mayores; y aquél le dijo que María Palmira era merecedora de él por ser hija de honrados, de trabajadores, y de amigos... y por su belleza sin par. Y el joven Avero se casó con ella.

Cuando quiso llevar a su casa sus suegros, diciéndoles que ya no eran más puesteros, Palmiro expresó:

—Vea, niño; no semos más ni menos que antes. Déjenos seguir en este rancho, que salir de él sería matar el recuerdo de tuito lo güeno y suave que hemos vivido. Sólo de pensar que podería pasar un día por él, y verlo tapera, se me ñublan los ojos...

✤

Murió el coronel Avero, murieron María Plácida y Palmiro, que todo lo que nace muere. El niño y la niña ya son viejos, viven en la ciudad, en casa señorial. El hijo del estanciero tuvo el buen gusto de saber pulir a su compañera. Esta ahora es una gran dama, cuya deslumbrante cabellera rubia — que heredó de su madre — es un portentoso ampo de nieve; y sus hermosísimos ojos negros — que heredó de su padre — dos encantadoras sombras.

Ese atardecer están en la sala, rodeados de amigos, mirando retratos queridos. Y aparece uno en el que están, juntos, María Plácida y Palmiro, ya ancianos. De pronto el niño Avero comienza a sonreir.

—Bueno, ¿qué te pasa? — interroga la esposa.

—Perdóname, María; ¿pero cómo de dos seres tan feos saliste tú, la más linda flor de nuestro pago?

La dama meditó un momento. Después dijo estas palabras:

—Porque el encuentro que hubo entre mis padres fue providencial; y su amor y su amistad, que ellos cuidaron con permanente y noble fervor, sencillo, humilde, firme y ardiente. En los largos años de su existencia en el Puesto de la Punta continuaron siendo jóvenes, novios y amigos. Cuando estaban juntos resplandecía en sus bocas una alegría única en su dulzura, y en sus ojos una leve luz, única en su destello. El día que murió mi madre, murió mi padre, porque aunque siguió comiendo y durmiendo era un ser sin alma. Por eso la siguió en breve...

La dama detuvo un intsante su oración, que terminó luego con grave acento:

—Por todo lo que he dicho, que tú conoces muy bien, jamás pensé que mi belleza — si la hubo — pudiera constituir un problema para ti...

José **MONEGAL**.

(Especial para EL DIA).
Dibujo del autor.



. . y el ejército de técnicos pacifistas se despliega en guerrillas, para ocupar posiciones.



Los geólogos, pico en mano, atacan las barrancas para arrancar secretos a siglos idos.

LAS CIENCIAS NATURALES SE APRENDEN SOBRE EL TERRENO

CUANDO uno lee en los textos que la era cuaternaria se caracteriza biológicamente por la afirmación de la presencia del Hombre y su fauna es la actual con poca diferencia; y que el Gliptodón, mamífero acorazado vivió en la región del Plata; cuando luego de retener que el granito es una roca formada por cristales de cuarzo, feldespato y mica que se presenta en forma de pirámides dobles exagonales o en granos amoldándose a los cristales de otros elementos predominando con las sienitas anfibolíticas en Pan de Azúcar, La Paz. Cerro Blanco. y que abundan en casi todo el territorio nacional las *sienitas, el cuarzo porfídico* y la *liparita*, rocas de la familia del granito en las cuales los cristales aparecen como incrustados en una masa cuya coloración varía según la roca; y cuando completando conocimientos para que ningún aspecto geográfico del territorio escape a la individualización, se aprende que en las playas y dunas costeras prima la vegetación *psamófila* con predominancia de *halófilas* si el suelo contiene ciertas proporciones de sal, uno siente la íntima satisfacción de saberse capacitado para despertar la consideración pública y espera la oportunidad de sentir el halago de ser centro de un auditorio. O bien, si se es menos vanidoso y más auténtico vocacional de científico, apenas la excursión festiva le lleva a las costas del Santa Lucía busca el *Juncus acutus* o el *gneiss* junto al Miguelete y alista picos para extraer de los potentes yacimientos fosilíferos de Punta Gorda. las huellas testimoniales del *Cardium* y las *Ostreas* que señaló Darwin hace cien años.

No se duda del éxito. No encuentra lugar en el ánimo la punzante duda del fracaso. ¡Todo está tan bien descripto en los textos! ¡El profesor lo explicó tan bien. . .!

Y sí. Es posible por estudios de esta naturaleza distinguir una roca ígnea de estructura cristalina y privada de fósiles. de las rocas sedimentarias caracterizadas por su estructura estratificada; y aún de las metamórficas que pareciéndose estructuralmente a las primeras muestran las huellas fosilíferas de las segundas. Pero cuando la decisión se aplica a diferenciar una *sienita* de una *filita;* o a determinar la separación de la llanura postquerandina de una penillanura; y aún a clasificar una totora distinguiéndola del carrizo, se percibe cuán lejos está el aula de la naturaleza: qué distancia separa el conocimiento teórico del práctico; cuán frágil es la seguridad que da la memorización del texto recordado hasta en su punto y coma. Recién se cae en cuenta que no basta retener los cuadros de Falconer referentes a la distribución del Gondwana y saber que el departamento de Soriano (¿Al Sur? ¿Al Norte? ¿Sobre el Bizcocho o en el Bequeló?) contiene el cretácico con sedimentos del Terciario. Se mira y no se ve. Es decir: la perplejidad invade el ánimo porque no se sabe cómo resolver la lección sobre el terreno.

Aunque los textos sean tan precisos como prolijos en la descripción y se ilustren con fotografías y esquemas para familiarizar con la materia, la realidad suele mostrarse tan diferenciada por detalles y alternativas que la duda de la auscultación reemplaza a la certeza del aula.

Cien hechos de orígenes distintos cambian, metamorfosean el ejemplar típico —el que sirvió para ejemplo a la descripción del libro o del profesor— y la alteración apabulla. Un manto de vegetal puede ocultar el cristalino de Aceguá y será inútil caminar libro en mano buscándole. Una disolución de óxidos puede vetear o patinar de verde una capa de Fray Bentos y no se la identificará en las barrancas que bordean la carretera a Colonia en varios puntos, porque siempre se ha hecho mención de la tonalidad rojiza-marrón de ese terreno clásico. Y como éstos, mil hechos semejantes. La Tierra es un tinglado de tipos metamorfoseados. El agua, el viento, el sol, las temperaturas extremas quiebran, pulen, maculan, trastocan el orden lógico arrastrando a confusión al pensamiento. El deslizamiento de un terreno puede colocar el limo pampeano debajo de un depósito terciario y, ¿cómo conciliar, entonces, la realidad con la descripción del texto?

Cuéntase que cierta vez visitó el Uruguay un eminente geógrafo cuyo interés inmediato se manifestó en la localización de la 'chirca" común, característica de nuestro país y de Río Grande del Sur. Acompañado de expertos salió al campo. "¿Dónde estar la chirca?" "Aquí. Profesor." "¡Oh, no! Eso ser junco" Más exploraciones y la voz satisfecha de un acompañante: "Acá, Profesor!" "¡No, no! Eso ser caraguatá. . ."

No, las ciencias naturales no se dominan en las aulas cerradas de los liceos y facultades. Es necesario echarse al campo y arrancar al gran libro de la naturaleza su verdad. Multiforme. Sometida al tiempo. A los procesos que se cumplen lenta o aceleradamente pero dejando siempre testimonios que han de ser conocidos e interpretados por el hombre.

He aquí el mérito magistral que atribuímos a la acción de entidades como el Centro de Estudios de Ciencias Naturales y el Laboratorio de Geografía Física y Biológica de la Facultad de Humanidades y Ciencias, las cuales, periódicamente, realizan viajes de investigación y estudio a distintos puntos del territorio nacional. El trabajo se ejecuta en equipo, porque componen la partida geógrafos, biólogos, paleontólogos. botánicos, etc., acompañados de eficiente grupo de dibujantes y fotógrafos encargados de efectuar el registro gráfico del ambiente estudiado.

Los viajes ya realizados han establecido una experiencia que se resuelve en una perfecta organización previsora de todo: concentración de personas y de material científico, alojamientos, itinerarios a cumplir, elementos adecuados para la búsqueda y cuidado de las piezas a recoger. Antes de iniciar el viaje, cada participante conoce el programa y recibe una información geográfico-histórico-social de la región a recorrer.

Las lecciones prácticas se inician con el viaje: atravesando el puente de Santiago Vázquez se hace notar la penetración de las aguas del Plata en el Santa Lucía, marcada por una orla espumosa. Tal hecho explica la vegetación halófila (resistente al agua salada) que se desarolla en las islas del Tigre, Paleta y Collazo, a 30 kilómetros de la desembocadura del río que provee de agua dulce a Montevideo.

Un micrófono instalado en el vehículo de transporte asegura la buena audición de las lecciones.

Por este medio se va destacando al oyente los elementos del paisaje y la Geografía va "entrando por los ojos". Los caracteres de cada hecho y las manifestaciones de cada acción telúrica se aprecian en su presentación real y se fijan en la memoria luego de iluminar el entendimiento. Allí se destaca y observan sobre las tierras llanas extendidas en la margen derecha del Santa Lucía, bordeando la carretera a Colonia, los altozanos que fueron bordes de un Plata de hace miles de años; más allá se hace observar otra llanura con marcadas ondulaciones donde se alternan los cultivos lozanos y una fecunda ganadería lechera. ¿Se han asentado por que sí; por el mérito de su proximidad a Montevideo? Hay una razón más fundamental: es que el limo pampeano y otros suelos favorecen la vegetación y la vida. Ya sobre el arroyo Cufré se nota la aparición de los terrenos cristalinos y en el bosque que bordea al Rosario el micrófono llama la atención sobre el verde brillante del laurel del país. La observación directa vale por muchas horas de exposición en clase.

Cuando se arriba a uno de los lugares prefijados para el examen, toda la expedición entra en actividad. Salen a relucir jaulas para los ofidios y los pájaros; frascos y bolsas de nylon para las muestras de terrenos; cajitas para fósiles y redes para insectos. El ejército de técnicos pacifistas se despliega en guerrillas; cada una va a cumplir su objetivo táctico: los botánicos atacan un bosquecillo para recoger ejemplares que determinarán áreas fitogeográficas; los geólogos ocupan una barranca y a golpes de pico van cayendo trozos de roca y de depósitos terrígenos; los macocólogos se arrodillan sobre las arenas y su paciencia de penitentes va llenando frasquitos con valvas y caparazones, mientras las redes de los entomólogos hienden el aire y azotan las plantas aprisionando insectos.

Todas estas tareas se cumplen con responsabilidad y con una generosidad científica reconfortante. Si se cobra más de un ejemplar de una pieza rara, el primero hallado se destina a la entidad organizadora; pertenece al acervo social. Los otros se distribuyen equitativamente entre los interesados.

Pero además, esta gente de estudio conoce el valor del tiempo. Por algo son lo que son. De manera que las horas de reposo se ciñen a lo estrictamente necesario y no detienen la voluntaria labor, la inclemencia de los elementos ni la comodidad de las situaciones. A las cuatro de la tarde del domingo 15 de diciembre, mientras el sol caía a plomo, un grupo de paleontólogos, casi extendidos sobre el suelo, se "doraba" lentamente sobre un promontorio buscando minúsculos dientes de tiburón demostrativos de que siglos antes, aquella altura de 40 metros había sido el fondo de un mar.

No se piense, sin embargo, que tan ardua labor se cumple entre ceños adustos y en el silencio grave de las elucubraciones científicas. Nada de poses académicas ni de solemnidades claustrales. Un espíritu de jovialidad, demostrativo de buena salud intelectual, estimula el ánimo mitigando cansancios y se exponen cosas graves con lenguaje sencillo y gracejos festivos. El ingenio —por algo es característica del hombre inteligente— encuentra la ocurrencia jocosa en todas las circunstancias y la risa suaviza pendientes tanto como acorta distancias. "Anoche no dormí bien", comentaba un profesor luego de una intensa jornada. "Lo atribuyo al mucho líquido que bebí". "Ahora me explico porqué durmió de a chorritos!" replica su interlocutor inmediato entre un coro de alegres carcajadas.



La erosión socava: los terrenos se deslizan a niveles impropios obligando a la reconstrucción crítica de los fenómenos geológicos.

Así, estos hombres de estudio —hombres como voz genérica: participan jovencitas y señoras de edad— cuyas inquietudes científicas se ejercitan, en la mayoría de los casos, sin otra finalidad inmediata que el amor a las ciencias, reconfortan con la esperanza de un triunfo de las mejores virtudes de la raza, asegurando al pueblo uruguayo la conquista de las posibilidades que con amplitud le ofrece la Naturaleza. En su suelo y en su posición geográfica.

Homero MARTINEZ MONTERO.

(Especial para EL DIA).



Testimonio de una fauna desaparecida permiten rehacer formas y sucesos perdidos en las centurias. (Museo de Colonia).

EL VIEJO ALMACEN DE CUFRE

CUENTA Brousson que en sus diarias caminatas por los adoquines del viejo París, encontráronse una noche France y Jules Soury que comulgaban en los mismos altares: los de la tradición.

Al separarse Soury se confesaba entre lágrimas:

—"Me he pasado la vida arrancando las flores del lindo rosal de las leyendas. Soy un miserable! Ahora tengo sed de lo legendario, y lo científico me da náuseas. La ciencia, cualquier pedante puede fabricarla, mientras que la floración de las leyendas es milagrosa. Nacer sin que uno sepa como, del grano llevado por el pájaro para florecer en el frontón de un templo!"

Y el anciano gemía, reconfortado ahora ante la aprobación de France:

—"Dadme leyendas, por piedad! Leyendas! Leyendas! Tengo sed de leyendas!..."

*

Yo también la padezco toda vez que consigo olvidar un tanto la historia...

Por eso vuelvo ahora a envolverme en la atmósfera del viejo almacén de Cufré, donde en 1883 inició su comercio don Rafael para descansar recién cuando lo cercaba el sepulcro. Sesenta años, al fin de los que empezó un día a visitar sus más antiguos clientes, para despedirse de ellos, al revés de los duelos que antes agradecían los dolientes con una tarjeta en la puerta del templo. Porque un duelo constituyó el cierre del "Ler almacén de los amigos".

En los últimos tiempos la gente concurría allí no a comprar, sino a empaparse del pasado. La esquina donde se alzaba era el sitio donde la tradición se había refugiado, como si buscara el calor del hornillo con que el anciano se defendía de los inviernos. Pasaba por allí todo lo que había sido y ya



Sólo van quedando los tirantes de palma, los muros, los arcos y el buzón.

no era: el descalzo pie de Máximo, la oxidada sonrisa de Tomasita, el dolor de Martín.

Detrás del mismo mostrador de madera dura se mantuvo sesenta años el hombre a quien vi envejecer, mientras yo mismo me endurecía. El sabía bien qué hombres había hecho nacer la Villa: Eduardo Acevedo Díaz, José Irureta Goyena, Agustín de Vedia, José Romeu, Pancho Tajes el fusilado en Quinteros, Francisco Alberto Schinca, Alberto Scaltritti, Regino Olivera, el doctor César Díaz que vino al mundo en la casa que estoy escribiendo esta crónica.

Sesenta años son muchos, pero don Rafael no se sintió nunca fatigado de su clientela. Yo conocí bien la de principios de siglo, cuyos muchachos tenían todos cara de viejos y pedían cosas inverosímiles: cascarilla, chuflas, velas, algarrobas, orozú de palo, mazos de "Grimaud" para el gofo, o "Ciervo" para el monte, tabaco suelto, en hebra, o en cuerda que se picaba con navaja y se estiraba en la palma...

Parecía que fueran los mismos que rodeaban el matadero para lograr achuras en el corral de piedra de la cuchilla, donde el bearnés Legrís faenaba para la tropa federal.

Cuando hace veinte años rebautizaron la calle que hoy se llama "General Félix Laborde", me recordó Cufré que desde 1867 era la calle "Plata". Yo le apunté que fue "Pantanoso" desde 1849, "Reconquista" desde 1846, y que los primeros hombres del Sitio la conocían como "callecita de la luna..."

Ante mi erudición se arquearon las cejas de don Rafael, comparables a las de Cassoni, o a las de don Leonardo... Se le hubiesen caído de haberle dado todo lo que sabía de esa esquina entre cuyos muros se encerró el "Almacén del Sol", frente al cual, el 7 de marzo de 1848, se fusiló en efigie al doctor Florencio Varela. Le adelanté que la muestra era un sol que cubría la pared, desapareciendo bajo las riendas y cabezadas, guitarras y ponchos, suecos con suela de sauce, que en atrevido vanguardismo Caballero colgaba del muro, todas las mañanas, silbando...

—"El también?", me preguntó, satisfecho de haber seguido, inconscientemente, la tradición. Porque a la lista de don Prudencio, él agregaba nuevos adornos que realzaban el muro heroico: mates atados entre sí, por miedo a los ladrones, mandolines, pantallas hechas con hojas de palma arrancadas junto a la tahona de Sico.

El negocio no tenía vidrieras y el ingenio del dueño debía suplirlas. Exhibía pues, no sólo en el muro sino en el techo y en los arcos que separaban las piezas, jaulas, molinillos, artículos sanitarios que sonrojaban a las damas que distraídamente miraban hacia arriba...

Bertolini sacudía los *altos* con una larga vara en cuya punta unía las plumas que en verano arrancaban a los alones de "Espartero".

Espartero era un avestruz que habían amaestrado desde charabón para vigilar los billares, en los que, al principio, se cobraba "según la gentita". Servía también de pizarra, pues los contrarios contaban de memoria las carambolas que llegadas a veinticinco hacían una raya. Y una raya era un aro metálico azul o colorado, al pescuezo de



Bajo los arcos que lo cobijaron sesenta años. Don Rafano puede ocultar la angustia que lo domina. (1942).

Espartero. El perdedor pagaba o no, pues cuando la carga excitaba a la pizarra, ganaba ésta a buen tranco la callecita que fue de la luna, para detenerse, temerosa, en los bañados de Malladoc, en cuyas verdosas aguas reflejábase, en las noches de luna, la sombra de la plaza de toros.

*

Muchas veces le dimos ocasión a nuestro amigo para dejar fluir sus recuerdos. Sólo cuando lo dominó una emoción sabía reconcentrarse, enmudeciendo. Así, cuando dosificando para Emilio los cinco kilos de azúcar que "mi santo" transformaba en jarabe, podía *sentirse* cómo ponía el alma en la pesada, por el temblor de las cejas y la crispación del pelo que conservó a lo Humberto desde la guerra de Abisinia. O cuando el tambero Moreira venía a gustar su vino catado siempre de sobremesa. Para el español era un rito. Lo terminaba por un zapateo de zuecos y un intraducible chasquido de lengua, y entonces había que ser lince para percibir el efecto que le producía la pose a don Rafael que lo vigilaba impúnemente. De no contenerse, se concedía unos segundos en la trastienda, pieza de cuatro por cuatro que no tenía dos baldosas iguales, y a la que prohibió siempre la entrada "por los perros, que son peligrosos"... Lo que guardaba la trastienda, en realidad, era el globo de la lotería de cartones, a la que Moreira concurrió sólo una vez, porque "se hacía demasiada confianza a la clientela, y no se revisaba los cartones". El hecho no era exacto. Quien cantaba era el negro Garrido, y éste exageraba la fiscalización.

Mientras, don Rafael seguía diariamente su guardia de dieciocho horas, con su túnica corta y la alegría de un corazón sencillo.

De cuando en vez esa serenidad se derrumbaba, como cuando sintió el disparo con que en el cuartel ultimaron al doctor Pantaleón Pérez, o cuando temió por la suerte de su amigo Isasmendi, en la madrugada del 4 de julio.

Vida noble y sencilla, sin choques emocionales, porque apenas podía molestarlo Eduardo Schinca cuando pretendió franquear una carta en la tardecita, "sabiendo, el muy granuja, que me comprometía". Porque él era buzonero y se guiaba por la ordenanza del 86, que no le permitía vender estambillas después de la puesta del sol...

Ni José Pedro, que vino una mañana a comprarle elástico para su onda.

—"Trajo permiso escrito de su padre, m'hijo?"

Claro que no lo había traído.

Y don Rafael, al contar el atrevimiento del futuro padre de "Ni vencidos ni vencedores", agregaba, crecido:

—"No le vendí nada."

Un aclaración, para los que no sean del pueblo. A José Pedro y a Gladis le nació el último 8 de Octubre un muchacho y a "Gastón" le pareció que habiendo nacido ese día, en la Unión, ese mozo no podía llamarse sino de una manera. Los padres, sin ninguna cultura histórica, le pusieron Miguel Angel. Desde entonces "Gastón" no los saluda, y cuando se refiere al hijo de los que fueron sus amigos lo llama "Ni vencidos ni vencedores"...

*

Así era este hombre recto hasta la exageración ,tanto que caía a menudo en lo pintoresco. Recuérdese los incidentes previos al noviazgo:

El año 90 había conocido a una linda moza en la Blanqueada, a la que no encontró más que un pequeño defecto: su abuelo, magnífico artesano de la Restauración en el ramo de herrería, y un verdadero Otelo para su nieta. Bidondo vivía en la calle Real, frente a la pulpería de Chichón, junto a los ombúes de doña Mercedes y al consultorio que acababa de abrir allí el doctor Américo Ricaldoni.

¿Cómo civilizarlo?

—"Le encargué seis frenos, m'hijo, y don Fermín me los hizo... pero reforzados..."

Y agregaba, mientras le brillaban los ojos:

—"Cada uno pesaba tanto como un caballo. Eran de aquel fierro de 3/6 de pulgada..."

Con ellos dentro de la carreta de Preliasco, boyero lírico que adornaba sus animales con gajos de enredaderas, volvió don Rafael a su esquina, los colgó del techo, y allí quedaron cincuenta años, pues pudo deshacerse de a poco de todo lo que había almacenado en vida: molinillos de estilo, trampas de cotorra con el piso ondulado, fuentes de cuartel, barras de azufre casero de las que lo surtía el poeta local Agustín Anza, legítimas cuerdas romanas de guitarra, botellas de Pernot de las que me aseguró una noche Airaldi: "Una de ellas pude saborearla antes que el hígado me traicionara."

Pero los seis frenos que le abrieron los brazos del abuelo, en el techo quedaron hasta el duelo de la última venta...

LOS FRUTOS DEL MEDITERRANEO

—¿SESENTA duros? ¿Cincuenta y nueve? ¿Cincuenta y ocho?

Una baranda de hierro cierra en círculo los puestos de remate de pescado en Barceloneta, el puerto de pescadores de la capital catalana. El mercado se hace en el mismo muelle al que atracan los barcos pesqueros, que allí están, unos juntos a los otros, con sus grandes redes color café puestas a secar mientras los hombres bajan en cestas de mimbre la pesca de toda una noche o un día.

—¿Cincuenta y seis? ¿Cincuenta y cinco? ¿Cincuenta y cuatro? ¡Ya está!

Las diversas clases de pescado han sido separadas durante el regreso al puerto en aquellas cestas redondeadas como bandejas. Corvinas, salmonetas, sepias, calamares, langostas y muchas sardinas. Hay en este muelle tres lugares circulares destinados al remate. Se coloca en el centro el pescado que se oferta. De pie el rematador, con esa voz ronca, imperativa de todos los rematadores. Sentadas en su torno, en una primera fila, las vendedoras callejeras, de zuecos de madera, remangadas, prontas para la disputa. Hombres de boinas y de botas de cuero completan el círculo que rodea aquella baranda de hierro.

A diferencia de nuestros remates, aquí los precios que va ofertando el rematador van descendiendo hasta encontrar en el público quien les acepte. Y ¿cuándo son dos o más los que coinciden en la oferta? —preguntamos Y se nos contesta: —Se echa a cara o cruz. Tal debe ser en teoría, porque en la práctica, lo que vemos es, en estos casos, una disputa colérica y ardorosa que termina uno de los contendores dejando con desprecio la cesta en manos del otro (o de la otra, lo más a menudo).

Cuando va la luz del día amengua, se encienden sobre estos círculos unos focos potentes, y entonces este escenario —con algo, al mismo tiempo, de mesa de juego y reñidero de gallos— cobra el color de las telas de Sorolla. Los rostros curtidos de los pescadores, todos de boinas y de botas de cuero, las pescadoras con un pañuelo en la cabeza y amplias polleras, el rematador con un lápiz en la mano, y a sus pies, en las bandejas, el brillo de plata de las sardinas el lomo lila de las corvinas, las sepias cárdenas, en las canastas de paja mojada sobre un piso húmedo y oscuro salpicado de escamas. Fuera del círculo, están los pescadores que durante la noche han sacado estos frutos al mar. En silencio, oyen cómo van descendiendo, a veces demasiado, las cifras que por su mercancía ofrece el rematador. Sus rostros de cobre no hacen un gesto. Apenas los labios que se van afinando marcan la desproporción entre sus pensamientos y la realidad.

En Nápoles, nos explica un cicerone culto: El golfo está agotado. Desde la época de los griegos, hace más de 25 siglos, se están sacando peces al mar. Este está exhausto, y la pesca no es grande.

Lo hemos visto. Cuando amanece, ya están sacando la red de muy largo cable. Toda la familia: el padre, la madre, cinco o seis hijos, van tirando de la cuerda que arrastra la red. Forman en la costa un grupo escultórico. Inclinados hacia atrás, paralelas sus figuras, cinco o seis hombres tiran a un tiempo. En el extremo, la madre va arrollando la cuerda. En tanto la familia conversa. Y todos los temas, como un eco que los prolonga, terminan en la madre, "la mamma", cuyo destino aquí, como en todas partes, es la ruminación de los problemas familiares.

Sin embargo, algo se saca. Cernias, gamberoni, trighia, scamberi, porpicello. Es lo que ofrecen en los pizarrones los restaurantes de la rambla con pomposos títulos: "Frittura del golfo". Unos metros más adelante, en un restaurant un poco mejor, el pizarrón proclama: "Frittura del vero golfo". Nunca creímos que un golfo pudiera ser falsificado.

◆

En todas las costas del continente y de las islas, día y noche, le están sacando sus frutos al Mediterráneo. La isla de Ischia, formada por cráteres apagados y enteramente cubierta de lava, toma en el crepúsculo un color azul. El cielo es también azul. Y violeta el color del mar que rodea la isla. Cuando cien, doscientas barcas salen a un tiempo para la pesca nocturna llevan luces para encandilar los peces. Las barcas que avanzan —sus remos en silencio— los cuerpos musculosos que se adelantan en las proas con las redes y cestos, tienen una fuerte belleza plástica.

En los puertos de Sicilia la técnica moderna amengua un tanto la belleza de la pesca nocturna. Esta se hace con potentes focos —dos o tres en la proa de cada bote— servidos por baterías eléctricas. O con faroles de carburo con sus mantillas de filamento y depósitos para el carburante. Puede verse a la mañana siguiente a los pescadores arreglando los hilos de las redes y los filamentos de las lámparas. Digamos, en cambio, que mantienen algo muy antiguo, de belleza prestigiosa: las velas son cuadriláteras y de color rojo o ladrillo. Como las que llevaba la barca de Ulises por estas mismas costas en un viaje que todavía se recuerda.

◆

Los pescadores saben que su pesca y también sus vidas están libradas a la voluntad del destino. Este puede llenarles una noche sus barcos de una pesca maravillosa o puede durante días enteros secar de peces el mar. Ven formarse en su torno enormes tormentas que se deshacen sin que ellos puedan intervenir. Saben que el mar, el viento y las nubes son inmensamente fuertes y que dependen de ellos irremediablemente. Entonces, se toman de leyendas y de creencias mágicas.



Pescadores del Adriático. Pastel de M. Vellani - Marchi.

Todo el Mediterráneo está poblado de leyendas. ¿No son, acaso, leyendas los primeros grandes poemas del mundo griego? Islas, cabos, arrecifes y farallones tienen sus leyendas, tanto más tiernas cuanto más humilde y desvalido es el lugar donde se las repite. Frente a Pescara hay varias islas pequeñas. En una de ellas, la isla de San Dómico, hay unas aves palmípedas semejantes a nuestros patos de mar. En la noche se oyen sus gritos desgarrados, que se dirían lamentos de mujeres. Los pescadores de la isla llaman a estas aves "Diomedeas": mujeres transformadas en pájaros y que se lamentan desoladamente de esta conversión.

El Mediterráneo llena las cestas de peces y de leyendas las cabezas de los pescadores. Y no es un azar que peces y leyendas se encuentren juntos. No lo están, acaso, también en los libros de las antiguas religiones y en las dulces parábolas de los profetas?

Isidro MAS DE AYALA.

(Especial para EL DIA).

Eso lo supe por él, y doy fe de mis recuerdos.

Para que me trasmitiera la historia de su casa, le ofrecí una noche mi pobre conocimiento. El vivía en la centenaria pulpería que se llamó "Del Sol" en la Guerra Grande. Entre sus gruesos muros tomaron desde el 43 su caña y su carlón los soldados de Oribe ,que lanzaban al viento su grito de muerte y federalismo contagioso. Al lado, en el "Café de los federales" jugaron muchas partidas de truco, como pareja insuperable, Trápani y Lavalleja, y peleó veinte veces Ignacio Oribe su gallo "El gaviota", al que retiraron invicto de los reñideros de extramuros. Pero él no ignoraba su continuidad. Después de algunos años, entre esas paredes donde podía verse todavía, como insignias del pasado palampalanes y culantrillos, se refugió el "almacén de los catalanes", y luego el del "Cerro Largo", así llamado porque uno de sus dueños, Olivé, era de Melo, y de allí venía también el otro, Francisco Vilaró. El, recién en 1883 entró como dependiente de Rafael Alvarez, luego fue su socio, por fin su sucesor, y entonces le puso al negocio "1er almacén de los amigos", con un letrero que ocupaba todo lo alto del frente, y en el que los palos de la N y de la S estaban al revés...

Lo hizo para que no lo confundieran con el homónimo de Bruzzoni, un buen hombre, que se levantaba a las siete. El, abría con el alba, y con el alba entraban por la puerta partida en dos, Masacre y Teófila, tamberos del rincón de Carrasco, que llegaban a saborear su café humeante y su copa de anís...



Alfredo Berta captó en su acuarela el espíritu del viejo "Almacén de los amigos"

*

Era de presumir que en el ambiente aldeano en que por una centuria desenvolvióse sin estridencias el negocio, en un pueblo que va desapareciendo empujado por el progreso y la inmigración del centro de Europa, la maciza puerta de recios cuarterones no fuera sacudida por un viento de tragedia. El legendario almacén tenía, sin embargo, sus enemigos: los soldados francos del cercano cuartel de artillería, amantes del casín y la 31, y ansiosos siempre de enloquecer del todo a Espartero. Cuando algo los separaba violentamente, don Rafael sabía como atemperarlos. Los coroneles Buquet y Laguarda lo habían aleccionado: un soldado no se entrega nunca a la policía.

De ahí que en cierta ocasión, ante una violenta disputa, don Rafael pidiera a Torres fuera en busca de la guardia, y en minutos y al trote, ya el primer milico se había ido contra el buzón. La guardia entró a la pieza de los billares abrazando la escena. Y el Jefe levantó la mano, y con voz que hubiera envidiado Gigli bramó:

—"Entrieguensén..."

Resignados, tres de los aludidos se apartaron. El otro, arrollándose el saco en el brazo desnudo, gruñó:

—"... viá a entregar..."

Y sacó la daga.

Frente a él estaba Ramuncho, cabo del regimiento, a quien por su coraje, le permitían los oficiales tirar con ellos la esgrima. En dos segundos arrinconó al contrario, que por instinto saltó detrás de una columna.

Ramuncho decidió terminar y con el sable de punta le dirigió un golpe capaz de atravesarlo.

Instantáneo el esquive... y la tragedia. Delante de Ramuncho sólo quedó aquello que pareció columna, y el empuje del arma produjo la hecatombe: un caudaloso chorro de aceite empapó la casaca del agresor, haciendo trizas la serenidad de don Rafael, que vio cómo el defensor del "almacén de los amigos" había ensartado una lata de aceite "Corneta", puro de oliva, sin pizca de maní ni de girasol...

Esa noche don Rafael, que no fumaba ni tomaba, en vez de apelar al efecto sedante del agua de los Carmelitas, transó con tres Ferriolos y un Lola. Y es fama que por seis meses no descolgó el jacquet con que asistía ceremoniosamente a los velorios de la Villa, y concurría en Enero a Maroñas, unas veces en la volanta del doctor Brusco, y otras en el cupé del doctor Crovetto...

*

¿Quién podría describir el estado de espíritu con que algunas noches, luego de dejar a "Pedrito" en el garaje que han construído donde floreció el naranjal de la quinta del ministro Antonio Díaz, sentía yo la necesidad de acercarme al "almacén de los amigos", donde más de medio siglo don Rafael montó la guardia enhorquetado en el banquito que le reforzó Belloni, pintoresco carpintero aldeano a quien apodaban "Buonamorte" por su afiligranada especialidad en la preparación de ataúdes?

Como si se tratara del Coliseo iba yo a defender los muros del "almacén del sol"...

Hablábamos, entre otros temas, de la próxima alza del costo de la tierra, pero a la menor insinuación de don Rafael de vender su propiedad ,le escondía celosamente mi temor.

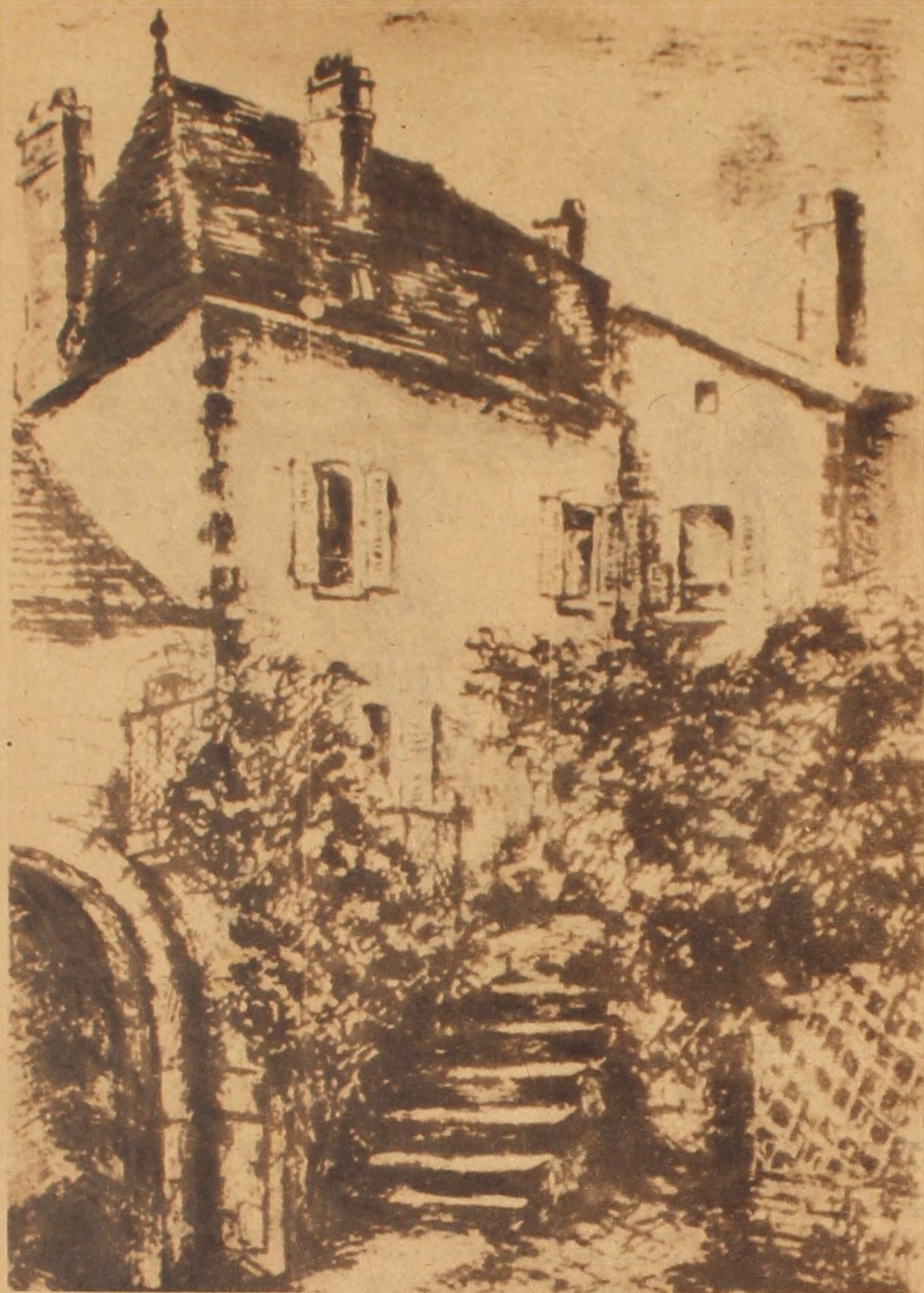
—"No lo venda", le rogaba con una voz especial, en la que insinuaba que el alza vendría, pero todavía estaba lejos...

El me agradecía en silencio el *desinteresado* consejo que no me había pedido. Lo hacía entrecerrando sus ojos que desaparecían bajo las cejas, y haciendo más firme el apretón de su sarmiento cálido.

Nunca llegó a entrever cómo defendía entonces mis últimos recuerdos de infancia..

M. Ferdinand PONTAC

(Especial para EL DIA)



Casa nata' de Colette.



COLETTE: UNA EXPERIENCIA EN LA VIDA

UNA anónima muchacha recién casada llegó en 1893 a París, llevando como sola dote sus 20 años enamorados y la inocencia de su talento. Dejaba atrás su hogar provinciano de Saint-Sauveur, donde padres y hermanos le habían rodeado la infancia feliz y observadora, la adolescencia contemplativa y vibrante. Nada de presagios. En torno de la cabeza rebelde que flanqueaban dos largas trenzas, no hubo signos de revelación ni ese sobresalto de lo sobrenatural en que más tarde complace ver el relámpago del precoz vaticinio.

Sidonie-Gabrielle Colette, sin embargo, escondía y era ella misma el instrumento de un destino al que acechaba lo excepcional. Durante más de medio siglo no hizo otra cosa que acatar el don fulgurante e insólito, que acogía como sorpresa cotidiana, con esa cualidad de asombro que nunca desertó de ella y le hacía decir, ya en su otoño: "Asombrarse, es uno de los medios más seguros para no envejecer demasiado pronto".

✦

¿Cómo amaneció escritora esta mujer que nunca presintió que pudiera escribir? ¿Qué fue lo que la formó y condujo por ese camino en el que le aguardaba una celebridad inigualada? Sin duda, un gran amor, y su consecuencia, un gran sufrimiento. Ese fue el punto de partida. Porque cuando el esposo maduro, mundano, refinado y pervertido, le propuso que relatara por escrito sus recuerdos de pensionado, la joven obedeció más por enamoramiento que por inclinación. Henry Gauthier-Villars, que con su seudónimo de Willy firmó obras propias y ajenas, tiene, de todos modos, el mérito de haber convocado las fuerzas latentes, de haber descubierto el manantial ignorado que fluiría hasta la muerte. Acaso el hombre experimentado intuyó que sólo era necesario exprimir el racimo jugoso, para extraer de él zumos inagotables, todavía con la ácida frescura de las vendimias primerizas. Con ese sabor agridulce nace la serie de *"Claudine"*, que se editan por primera vez bajo el nombre de Willy, y ello le parece natural a Colette, como una prolongación de su propia ofrenda al marido que la deslumbra y engaña. El fuerte amor primero le dejará cicatrices perpetuas; desconfianza y cautela; una actitud rebelde ante los hombres, en quienes verá siempre al adversario tradicional. La sospecha le ensombrece toda vecindad humana, y es sin duda el peor saldo de su desventura. El mejor, fue el hallazgo de ese oficio inesperado en el que sería una trabajadora infatigable.

Sus "Claudine"—1900, 1901, 1902, 1903—tenían el aguijón ingenuo, la malicia cándida que procura escandalizar un poco; todo lo que la receta de Willy juzgaba infalible para el gusto liviano de cierto público. Pero aquí y allá surgen las notas originales, esas descripciones de bosques donde aprendió desde niña a conocer y amar cuanto en la naturaleza vive y muere: follajes, insectos, flores, árboles, frutos, animales. La solidaridad de Colette con lo viviente, equivalía a una forma de religión. La facultad de maravillarse ante la vida fue el resorte que movió ese mecanismo de su sutileza, de su aguda percepción de seres y cosas; instinto poderoso, que tuvo por mentor supremo, la palabra sacramental con que su madre la despertó al escrutinio de todo lo existente: "Mira" Vocablo mágico, exhortación vitalicia, que fue como un *mantram* para iniciarse en todos los conocimientos; pues como anotará, después de fallecida, su esposo Goudeket, "ignoró muchas cosas, pero no conoció nada superficialmente". "¡Mira": en ese imperativo se resume la pedagogía de Sido, y Colette no olvidará nunca la palabra materna. "Mira!" ¿Qué debía mirar? La hierbecilla nueva, la cereza madura, el gorrión enfermo, el gato errante; y verano, invierno, otoño o primavera, porque en todo había prodigios para descubrir. Así entendida la existencia, ¿cómo no iba a cargársele de riquezas? "¡Mira!": fue su último llamamiento, su última recomendación a Maurice Goudeket, mientras las golondrinas se entrecruzaban volando ante su ventana abierta del Palais-Royal.

✦

Colette, que a los seis años ya era una lectora inquieta, no quería aprender a escribir. Confesará en su madurez, que ningún augurio la indujo a pensar en ello durante su adolescencia; que nunca se levantó furtivamente a medianoche para anotar versos, que nunca la inspiró el claro de luna, ni envió manuscritos a algún escritor famoso para pedir un juicio; y rubrica: "Yo era pues, la sola de mi especie, la única puesta en el mundo para *no* escribir". Tuvo Colette, por otra parte, un curioso don adivinatorio, una subconsciente facultad de plantear en su obra situaciones que viviría más tarde. En *Claudine s'en va*, por ejemplo, escribe: "Ante mí, está el incierto porvenir". "Me resigno a lo que suceda. Con una triste y fugaz clarividencia, veo ese recomenzar de mi vida. Seré la viajera solitaria..." Y no se equivocó, pues iba a comenzar su existencia andariega, al poco tiempo —1906—, después del divorcio. Obligada ahora a ganarse la vida, ingresa en el teatro. Entiéndase por teatro, no la alta comedia, sino el espectáculo musical, la revista frívola y picante, la pantomima. Giras por provincia, deambular entre esa familia de saltimbanquis miserables y orgullosos, salas sórdidas, convivencia humilde y dura. *La vagabonde*, *L'envers du music-hall*, tienen por tema esa



Willy y Colette.

existencia azarosa. Colette monologa, sombría, serena y fuerte, pues sabe que "una mujer no se muere de pena", ¡porque "es un animal tan sólido, tan difícil de matar"! Ha cruzado, como dice, la treintena. Escribir se le ha vuelto imperioso, y entre representación y representación va cubriendo cuartillas. El amor le ha dejado un sabor de abandono, le ha sollamado el alma. Aun la vida le pertenece. Pero en soledad. La elige así, y como una de sus protagonistas, podría exclamar ante el recuerdo del enamorado que no llegó a ser amante: "¡Ah! Tú serás por mucho tiempo una sed de mi camino!"

En 1912 vuelve empero a casarse, con un hombre rico y talentoso, Henry de Jouvenel, redactor-jefe de "Le Matin", pero algo marchó mal y nuevamente el divorcio, en 1924, solucionó el problema. Colette se referirá con muchos miramientos a este segundo esposo; cuando lo nombra lo hace de manera más bien impersonal. De Willy en cambio, hablará sin reticencias, con cierto rencor tal vez, con cierto despecho mal sofocado. Sobre Jouvenel, poco dice, y eso con vigilancia. Actitud bien diferente de la que

asume al hablar de Goudeket, el tercer marido, del que se expresa con camaradería, con respeto, con gratitud. "El me tiene a mí y yo le tengo a él", dirá, octogenaria, como el mejor colofón de una unión conyugal de casi treinta años. Se había casado con él en 1935, después de diez años de convivencia dichosa; tenía Goudeket entonces 45 años, ella 62. Nunca fue problema para Colette la diferencia de edades, y al menos este tercer matrimonio le dio la razón.

◆

Desde muy temprano, Colette enfrentó la nostalgia de la juventud que se va. Treinta y tres tenía al escribir: "Hay que envejecer. No llores, no juntes tus manos suplicantes, no te resistas: hay que envejecer. Repítete estas palabras, no como un grito desesperado, sino como advertencia de una necesaria partida. "Aléjate lentamente, lentamente, sin lágrimas: no olvides nada! Llévate tu salud, tu alegría, tu coquetería, lo poco de bondad y justicia que te ha hecho menos amarga la vida: ¡no lo olvides" Traza aquí todo un itinerario al que supo ajustarse. No sin rebeldías, sin duda; no nos engañemos. Amaba intensamente la vida, y ese "arte de envejecer" que se halla en sus páginas, es el artificio de la mujer inteligentísima para convertir en victoria la derrota que le dolía, al llegar a la edad en que "sólo le está acordado a la mujer enriquecerse". Sacó de todo, la secreta enseñanza, y dio por bienllegados los sucesos de su larga vida; como su "Léa", pudo decir: "Quiero mi pasado. Quiero mi preesnte. No me avergüenzo de lo que he tenido, no lamento lo que ya no tengo".

Habla en *La naissance du jour*, del "camino del retorno". Y era aun el año 1928. Pero nos hace la salvedad —innecesaria— de que siente "su vida todavía tormentosa", pese a que "una de las grandes trivialidades de la existencia, el amor", se retira de la suya. ¿"Trivialidad" el amor? ¿El amor, eje de su mundo literario, pivote vital, el amor, triunfante o derrotado, pero imperioso, tenaz, agazapado siempre para reiniciar su ataque, el amor que se devana desde la primera *Claudine* hasta los escritos postreros? ¿"Trivialidad", el *leit-motiv* que en ella alcanzó cimas geniales? Disimulación, mejor, artería de la mujer que emprende "la retirada sentimental", refugiándose en su oficio, en "ese papel que recoge, desde hace tantos años, lo que sé de mí, lo que intento esconder, lo que invento y lo que adivino".

Por largo tiempo, por treinta años, Colette auscultó su vejez progresiva, haciendo el aprendizaje de esta etapa nueva en que estar sola, es sentirse "sola, simplemente, y no abandonada". Medita, hace cuentas, mide su lote de gloria y de infortunio, convencida de que una dicha absoluta habría anestesiado su capacidad para disfrutar los pequeños dones cotidianos: "¿Qué habría hecho con una vida que sólo hubiera sido rosas?"

Vuelve cada vez más hacia ella misma, la curiosidad que antes despilfarrara observando el mundo que la rodeaba. El paisaje se retira más y más de sus obras, para dar lo humano en primer término. Mujer anticonvencional, desprejuiciada, o con una personalísima concepción de los prejuicios, tuvo su propio código de virtudes y defectos; y el miembro de número de la Real Academia belga, o de la Academia Goncourt, no sentía menoscabado su decoro por pedalear en bicicleta a los 67 años por el Bosque. Huye veloz el calendario sobre la mujer que va entrando en la inmovilidad, que vio el amanecer de este siglo, fue testigo de dos guerras, conoció los amores episódicos y tuvo tres maridos, muchos gatos y perros, creció en fama literaria, fue Gran Oficial de la Legión de Honor, y era universalmente reconocida como una curiosidad célebre, vieja gloriosa, "Caperucita Roja que nunca tuvo miedo del lobo".

Dirá todavía a los 73 años, que a esa edad "siempre se tienen proyectos". ¿Los suyos? "Yo proyecto vivir un poco aún, seguir sufriendo de una manera honorable, es decir, sin estallidos ni rencor, reír en secreto para mí sola, y también reír abiertamente cuando tenga motivo, amar a quien me ama, poner en orden lo que dejaré, tanto el depósito bancario como el cajón de viejas fotos, alguna ropa, algunas cartas..." Es el acento desasido, descarnado, de la mujer que ha doblegado los antiguos ímpetus, el brioso desafío. Vive preocupada de "ser exacta, estar pronta, estar en orden". Ante la anciana inválida, rodeada de recuerdos, la colección alegre de bolas de cristal, sus mariposas secas, acuden fantasmas que ella acoge sin miedo, mientras ordena fotografías de seres y animales que desfilaron por su vida, cataloga su epistolario de nombres ilustres, evoca las cartas de amor que fueron al fuego. Comprende sin atemorizarse el carácter testamentario de estas revisiones, y se pregunta, en *L'Etoile Vesper*, cuándo logrará dejar de escribir. Y cierra el libro con esta frase significativa: "Yo veo desde aquí el fin de la ruta". Pero desestima su prodigiosa lucidez. Ya parecía haber clausurado su voluntad de escribir, y he aquí que en *Belles saisons*, continúa escrutando sin sobresaltos la existencia; hay allí una atinada observación: "¿Mis vacaciones? Sólo consisten en ir a trabajar en otro lado".

¡Con ochenta años, monologa sobre la necesidad de escribir, la mujer que se inició en las letras sin vocación literaria! Y contrariando lo que dijo en *L'Etoile Vesper*, ahora afirma que "no hay edad para dejar de escribir".

Inmovilizada por la artritis definitivamente desde 1945, ha conquistado ese tono cabal de intimidad y renunciamiento. Podría decir, con más razón que antes: "Pertenezco a un país que he abandonado". Ha hecho junto con el de la vejez, el aprendizaje de la paciencia, ella, que si fue impaciente para la vida, jamás tuvo prisa para escribir. Esto es lo que más poderosamente nos llamó la atención en la obra de Colette: la calma. Ninguno de sus libros deja la sensación de una mano ansiosa, de apremio o de improvisación. Escribió como si hubiera estado segura del futuro, como si el tiempo le perteneciera, dueña del mañana. Como si hubiera sabido que iba a vivir más de ochenta años. No tiene premura en las descripciones, es minuciosa y lenta en los detalles, analiza, escudriña, pesa, saborea. Vista en conjunto, su obra literaria da la impresión de un prolongado soliloquio que duró casi sesenta años, durante los cuales se elaboró ese estilo elaborado, capitoso, lleno de glotonerías, correspondiendo fielmente a su deleite con los bocados sabrosos de la buena mesa o de la vida; estilo irreemplazable. Colette fue un universo exclusivo, que se cerró al cerrar ella los ojos, en agosto de 1954. "Tan próxima a morir y sabiéndolo, todo le parecía más bello, más asombroso que nunca", comenta Goudeket.

Personalidad que escapa a toda síntesis, rehuye un poco cualquier definición que busque retratarla desde un solo ángulo. Su indeclinable actividad sólo concluyó con la muerte que le detuvo la mano; la indiscutible verdad está grabada en su severa tumba del "Pere-Lachaise": "Ici repose Colette". Sí, descansa por fin: halló al morir sus únicas vacaciones.

Y no es aventurado sostener que fue la Vida, la gran protagonista de toda su obra.

Dora Isella RUSSELL.

(Especial para EL DIA).



Madame Colette, entre Juan Paul Sartre y Christian Bérard



Retrato de Colette, por Vertés.

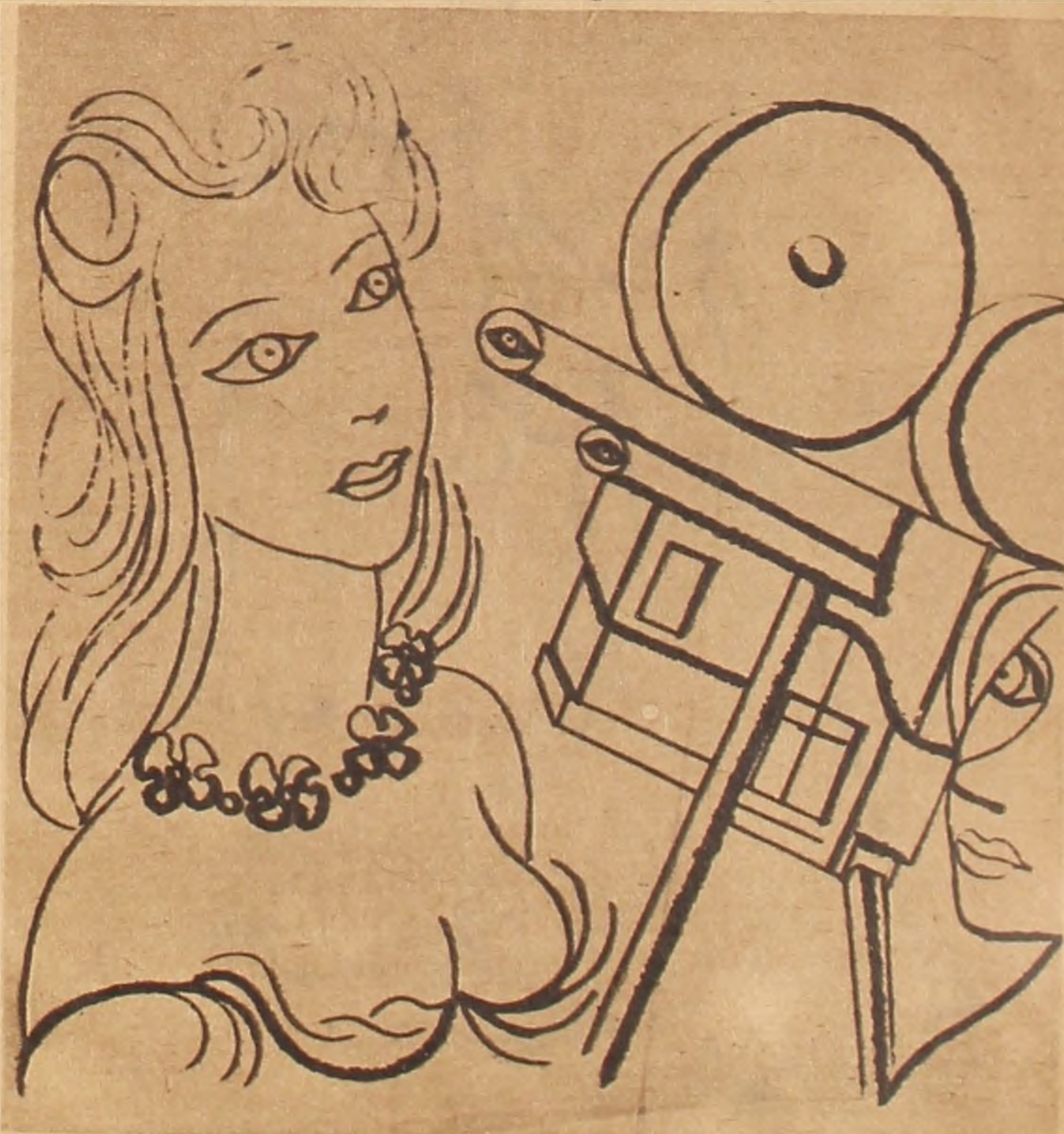


Ilustración para "París de ma fenetre", obra de Colette, dibujo de Touchagues.

VAGABUNDOS MEDIEVALES Y GAUCHOS



Grupo de vagabundos según el "Liber Vagatorum", impreso hacia 1510. (Museo Germánico de Nuremberg).

Epocas sedentarias y épocas andariegas

HAY muchas maneras de interpretar la historia universal simplificando sus acontecimientos, tan imprevisibles y absurdos para quienes los viven como regulados y armoniosos para quienes los evocan. No se trata solamente de rescatar las grandezas seculares de su ceniza cotidiana ni de reducir a su delgada realidad los sueños de grandeza sino de buscar el pulso de los tiempos, el ritmo de las culturas, los ciclos permanentes que se dibujan tras la hojarasca de los hombres y de los nombres. Ya Confucio hablaba en la vieja China de tres momentos fundamentales y reiterados en la vida de todos los pueblos: el Desorden, la Pequeña Tranquilidad y la Gran Semejanza. Y desde entonces los esquemas se han sucedido como dramáticos testimonios del afán humano por comprender racionalmente el pasado y predecir aproximadamente el porvenir.

Ya que se han elaborado tantas filosofías cíclicas de la historia basadas en dos, tres o cuatro períodos que se repiten y precipitan al fin un eterno retorno, puede hablarse sin temor a la herejía (y con pruebas plausibles de épocas andariegas y épocas sedentarias, o, minimizando el panorama, de pueblos andariegos y pueblos sedentarios coexistentes en una misma época.

Este esquema binario responde a la díada pascaliana de existencia paradisíaca y existencia decaída, a los períodos críticos y orgánicos de Saint-Simon y Comte, a las oscilaciones entre cultura y civilización de Spengler, a las épocas *Krita* y *Kali* de los *purana* indostánicos, a los *corsi* y *ricorsi* de Juan Bautista Vico, con los naturales ajustes entre los conceptos de los historiadores y los destinos de los hombres.

Las épocas andariegas son de inestabilidad, de alma insatisfecha, de creación angustiada. El mundo de la cultura rueda por los caminos, a *plein air*, y las palabras de los hombres se visten de imágenes y antes que las viviendas para el cuerpo se alzan las catedrales del espíritu. Hay padecimiento e inseguridad, se vive dialogando con la muerte, pero cada minuto de vida fluye como una miel de gracia, como un torrente ideal.

Las épocas sedentarias son de solidez anímica, de seguridad material. La vida se guarece en las ciudades amparadas por la ley y el ímpetu rectilíneo de las rutas se degrada y petrifica en el cuadriculado de las calles. La ciencia sucede a la poesía; la monotonía de la rutina a la delicia de la aventura; la calculadora raíz burocrática a la despreocupada flor del heroísmo. El camino amado por Don Quijote es reemplazado por la posada donde un ventero utilitario impone el decálogo del desencanto; el hombre que vive en la naturaleza da paso al que desea comprenderla como el sabio, acallarla como el asceta o desviarla como el hedonista.

Pocos filósofos de la historia supieron ver este contraste como lo hiciera Abenjaldún al trazar un paralelo entre los valientes beduinos del desierto y los refinados parásitos de las ciudades. El historiador bereber en sus *Prolegómenos históricos*, escritos en el siglo XIV, reduce a dos colores crudos los infinitos matices de la dinámica cultural. Y en sus páginas, llenas de atisbos geniales, los hombres-leones del Sahara se enfrentan a los hombres-zorros de los oasis urbanizados en un continuo fluir de oleadas épicas que conquistan a la ciudad para ser a su vez conquistadas por el ojeroso maleficio de la molicie y del pensamiento sutil.

Vamos en busca del gaucho. Pero para llegar más fácilmente a él hagamos un rodeo, pues el camino más breve no siempre es el mejor. Ya lo dijo Keyserling: la ruta más corta para conocernos a nosotros mismos es dar la vuelta al mundo.

Nomadismo y vagancia

Dentro del espíritu andariego hay varias categorías, desde el misterioso *wanderlust* que impulsa a los pueblos a descubrir el rostro inédito de la tierra hasta la inquietud individual de los "andarines".

En la familia de los tipos itinerantes se destacan con claridad el nómada y el vago. El nómada es un producto geográfico la mayoría de las veces. Tonybee lo ha descrito y descifrado en el capítulo de su *Estudio de la Historia* que trata de las "civilizaciones detenidas". El esquimal, el mongol y el polinesio están en equilibrio con el medio, haciendo una pulseada prodigiosa con las potencias naturales, realizando un *tour de force* que los mantiene inmóviles sin avanzar y sin retroceder, desplegando una energía inútil, clavados como mariposas en el muestrario del heroísmo banal. Hay un nómada *a priori* y otro *a posteriori*. Entre ambos se erige la teoría de la ciudad. El nómada *a posteriori* es el nómada urbano, tan bien estudiado por Spengler en *La decadencia de Occidente*. Este nómada civilizado erra de continuo con su corta familia buscando alojamiento una y otra vez en los enormes termiteros de las viviendas colectivas, sobrecogido por las bocinas que llaman al trabajo como las del zoológico al ritual de la pitanza, bajo noches sin estrellas y a lo largo de días escamoteados por el humo.

Pero el nómada físico que va con los suyos tras los rebaños y el espiritual que explora los barrios pálidos de las ciudades, se diferencian a su vez del vago. El vago es un ser inadaptado, un ser marginal. Puede ser un enfermo, pero siempre es un ser en conflicto con la sociedad que le rodea. A. Vexliard, en nuestros días, le ha dedicado dos estudios muy completos. (*Introduction a la sociología du vagabondage*, París 1956 y *Le clochard. Etude de psychologie sociale*, Brujas, 1957) y en el primero de ellos reconoce tres tipos de presiones sociales que impulsan al vagabundeo:

1) En la antigüedad los vagabundos eran esencialmente originados por las perturbaciones de orden político o por transformaciones jurídico-políticas; entre estos determinantes la institución de la esclavitud desempeñaba un papel protagónico.

2) En la Edad Media el vagabundo es alternativamente considerado ya como "el hombre de Dios" o "el flagelo de Dios", ya como el pecador que expía sus faltas. El vagabundeo está penetrado por un sentido religioso positivo o negativo.

3) A partir del siglo XIV el vagabundo, despojado de sus aureolas ideológicas, deja al descubierto la base económica de su estado, base presente también, aunque más disimulada, en los anteriores períodos.

Es posible establecer una serie de contrastes entre el nómada y el vago. La dinámica del nómada es colectiva; la del vago es individual. El nomadismo es una categoría impuesta por el clima, ya que el grupo entero emigra con sus rebaños tras el isócrono brotar de las hierbas; la vagancia es una patología psicosocial, dado que el vago rehuye al trabajo sistemático y a la disciplina solidaria de la comunidad. El nómada es el antepasado númida del *Africa Minor*, que va en pos del *nomé*, el pasto que alimenta las ovejas y camellos; el vago es el *vacuus*, el hombre vacío, sin oficio y mal entretenido, y también el *vagus*, el viandante que camina de un lado a otro sin deliberado propósito y sin posible asentamiento.

La edad de oro de los vagabundos

Hubo una época en la cual el hombre y el paisaje se acariciaban mutuamente, como enamorados.

No había entonces prisa. La gente viajaba a pie, pasaba a través de todos sus sentidos las cuentas del rosario caminero, veía y tocaba el cuerpo humanizado de la tierra.

Don Miguel de Unamuno, vocacional viajero europeo, y por lo tanto pedestre, amaba esa perdida edad y la recreaba, sudoroso y devoto, por las rutas de España; muchos rioplatenses, esto es, hombres de a caballo, también queremos rescatarla, pero la soledad desamparada de la pampa o las cuchillas sólo nos entrega pedazos desnudos del planeta, potreros anchos y hondos sin la tercera dimensión de la historia, galopes y vientos desmemoriados.

La Edad Media fue posiblemente el tiempo de mayor auge de este andariego estilo de vida. El medioevo hizo su civilización en los caminos y quienes nos lo quieren presentar como un período tenebroso, goteando humedad de celdas y sobrecogido por terrores teológicos, nos ofrecen solo la mitad de un mundo. La otra mitad era dinámica, desenfadada, aventurera, romántica *avant le romantisme*, heroicamente curiosa y noblemente popular. Caballeros andantes, clérigos trotaconventos, juglares, trovadores, bufones, romeros, goliardos, pícaros, mercaderes y escolares en perpetua rabona se cruzaban en las sendas, confraternizaban en los mesones donde Chaucer aprendía los secretos de su narrativa e inauguraban los arrabales donde Villon repartía puñaladas y versos.

Pero no todos los caminantes eran distraídos haraganes de la *juventus mundi*. Había también peligrosos "hombres que erran en los bosques" al decir de las Capitulares de Carlomagno y una fauna agresiva compuesta, según reza una Ordenanza de principios del siglo XVI, por "aventureros, vagabundos, pájaros perdidos, maleantes, abandonados a todos los vicios, ladrones, mendigos, raptores, violadores de doncellas, renegados de Dios, crueles, inhumanos, inmisericordes, haciendo del vicio virtud, lobos rapaces y dañosos para todos..."



Un peregrino, cuidadosamente dibujado por Bruegel el Viejo. (Biblioteca Nacional de París).



Gaucho en la Pampa. (Litografía de Otto Grashof, 1851).



Todo el humorismo y sentid
se resume en este caballer
y la lanza (Gárgola de la
Frenería, donde

Esta gran cofradía ambulante de almas insumis s y deshechos sociales se encarna en un personaje ficticio pero que para mí es más real que todas las sombras arriadas por el pampero de los siglos: me refiero al bello Goldmundo de la novela *Narciso y Goldmundo de Hermann Hesse*. Este escolar fugado del convento de Mariabronn es un arquetipo inolvidable de aquella ardida caterva de soñadores, artistas, donjuanes errantes y mendigos fabulosos que hacían de la libertad su indiscriminada divisa. La vida y los amores de Goldmundo son la sal de una edad adoctrinada por el renunciamiento pero llena por dentro de vitalidad gozosa. Se dice que el Renacimiento fue el tiempo que a todos saciaba el gusto de vivir. Pero entonces la sociedad entera sentía aflojar sus frenos. En cambio la gente de los caminos medievales vivió a contramano con su tiempo; fue la savia bochinchera de un árbol acoquinado por la muerte.

Cuando los vagabundos de los campos llegan a las ciudades forman Cortes de Milagros, pero el gremialismo no le sienta ... a esta especie individualista. La ciudad envilece la espontaneidad de los "pájaros perdidos" que se convierten en truhanes encontrados.

Los vagabundos de hoy son el *bichicome* criollo, que ve nacer su condición en el marinero degradado, resaca de la playa universal del vicio; el *clochard* europeo, que lleva



El gaucho vagabundo es atraído a las pulperías por el sortilegio de los payadores. (Litografía de J. L. Paillière, 1862).

RIOPLATENSES

... nombre la ignominia de una tara (...*-pied* significa renco); el hobo norte...cano, un ex-labrador expulsado del ... por la competencia de la máquina ... viene de *hoe-boy*, hombre de la aza...rpidor).

...los estos desperdicios urbanos no tie...tios en el Edén riesgoso del trotamun...edieval. Pero alguien, allá lejos y ha...mpo, como dijera Hudson, reencarnó ...nérica al hijo de los caminos de la ...aria Europa.

...cho, un vagabundo ecuestre

...ién puede negar que el gaucho fue un ...undo? Contrariamente al peón conchaben las estancias, maneado y domestica... gaucho no trabajaba y erraba de con... hilvanando lugares y hombres con el ... trotador de su tropilla. Dije que no ...ba: ¿y es que acaso necesitaba ha...? Las haciendas, como el aire, eran un ...omún. Hospitalidad había siempre, y ... no, dormía bajo la noche abierta. ...ambular no tenía límites: el campo, ... copia del cielo, cielo mismo caído ...los toros, no conocía el recto tajo de ...minos. Todavía no había aparecido el ...ado y toda la penillanura era una senda indiferenciada, una rosa de los vientos florecida en los pastizales. El gaucho se asomaba a una cuchilla, la "coronaba" al decir de la orografía cimarrona, y desde allí, mascando el barbijo, miraba los humos lejanos, los ríos con su doble víbora de monte, los cascos de las estancias que prometían asados y jolgorios, las pulperías calientes de ginebra y payadores. Y luego de elegir su fugaz apeadero se dejaba ir despacio, desganado como la tardecita, pero lleno de novelería por dentro.

Y después de los contrapuntos y los fogones, después del amor revolcado en los machines, de las pencas o del truco, que todos eran juegos de azar, otra vez la espuela y la coscoja, otra vez el deambular de un solo pelo, la noche caronera, el sueño mojado por el rocío.

El gaucho está metido en la naturaleza y se hace a su imagen y semejanza. El vaivén incesante de las cuchillas lo invitan a descubrir lo que esconden sus ondulaciones; el cielo estrellado lo orienta con su brújula de luz; el agua de los arroyos se le encharca en el alma y lo ensimisma en la búsqueda de un íntimo resplandor; las estaciones lo templan como a la hoja de un cuchillo; un inmenso camoatí de perfumes y sonidos lo envuelve con sus alusiones a un mundo claro y misterioso a un tiempo.

El vagabundo medieval es un conformista pero en el gaucho late un revolucionario. Su caballo será el forjador de la independencia y el instrumento ciego de las guerras civiles. Y su brazo se prestará al combate, gozosamente, por el gusto bárbaro de sacarle lustre al machismo.

Este gaucho peregrino, jinete empedernido, haragán corajudo, se juega la vida en la taba de los días, atento sólo a la prenda del beso robado, a la cuerpeada lujosa del visteo, al corcovo artero del redomón. Cuando el alambrado lo detenga y el comisario lo persiga tendrá su *catarsis* en las patriadas, detrás del caudillo y la divisa: entonces podrá de nuevo recorrer el campo a los cuatro vientos y degollar reses ajenas. La carga de caballería y el vivac son una rehabilitación usuaria de la perdida vagancia, y el tributo de la sangre es un liviano precio para comprar la antigua libertad.

Hay algunos acentos en la vocación errabunda del campesino oriental.

El gaucho es el vagabundo del campo abierto; el matrero es el vagabundo de los montes y las sierras; el cuatrero es el vagabundo de la noche; el malevo es el vagabundo del delito.

Pero el gaucho, en su pureza original (o en nuestra piedad nostálgica) se resiste a ser un delincuente: es un desarraigado, un solitario, un hombre que se basta a sí mismo.

Cuando el arrabal rioplatense reciba su destituída descendencia nacerá el compadre, otro vago, pero esta vez apeado y esquinero.

El compadre es un desocupado que juega a crecer en la admiración del pobrerío por el rabioso alarde de su coraje. Es así un peregrino vertical y no horizontal como su abuelo ecuestre. Está fondeado en el suburbio y para ser punto alto debe trepar a costa de otros guapos vencidos en combates singulares. "A ver quien es más" es el lema del orillero. Ser más es andar admirativamente de boca en boca, circular entre el *sabalaje* con las mentas de la última hazaña. Pero la vagancia es ahora una patología del valor, una crónica policial, un tango tristón. Y la *gayola* será la moraleja lacrimosa de una imposible readaptación social.

Pero en este momento ya nada queda del gaucho y su criolla caballería andante.

Daniel D. VIDART.

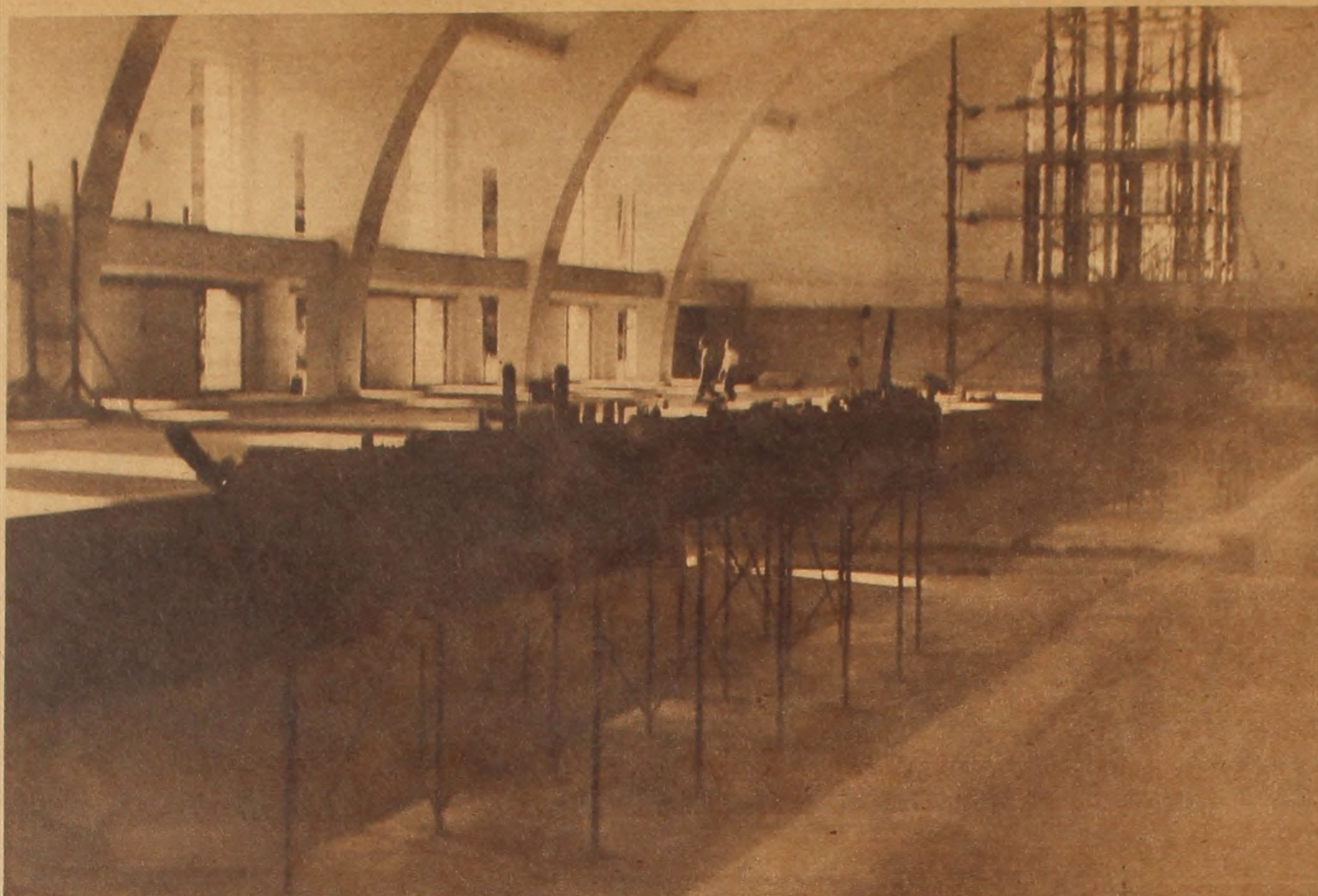
(Especial para EL DIA).



... la realidad del arte de los imagineros medievales ...ulante, que apuntala su aburrimiento con el arzón ...ral de Barcelona que cae sobre la plazoleta de la ...allaba la casa gremial de los freneros).



Familia campesina en viaje. (Dibujo de J. L. Paillière, 1862).



Restaurado el Museo, hoy encierra modelos reducidos de las naves destruídas y muchos objetos de las mismas que se encontraban en Roma cuando el incendio. (Foto del autor).

"LAS REVELACIONES DE LAS NAVES DE NEMI"

HEMOS visto con cuán larga labor y fatiga fue posible volver a la luz desde el fondo del lago de Nemi, las dos naves romanas de Calígula. Fueron, mientras se custodiaron en el museo que para ellas se construyese, dos trofeos únicos de la marinería antigua.

Hasta el día de hoy no se ha podido — fuera de las dos naves de Nemi — rescatar ninguna de las numerosísimas embarcaciones, griegas y romanas, que se han hundido en el mar. En general las naves que han naufragado se destruyen con el tiempo y sólo circunstancias muy favorables hace que las podamos hallar y sean monumentos interesantes para las ciencias arqueológicas. Tal es el caso de las que se han encontrado en estos últimos años en Marsella (con un gran cargamento de ánforas); en Tolón; en el norte de Africa (Mahdia). En 1950 frente a la costa de la Liguria, fue descubierta una nave en buen estado de conservación (siglo I A. C.); de cuanto se pudo recuperar de ella se formó en la ciudad de Albenga, no distante de Génova, un museo naval romano que es hoy el único de su especie habiendo desaparecido el de las naves de Nemi.

Ultimamente, al norte de Cerdeña, en un lugar excepcionalísimo para su conservación, fue hallada otra nave romana con su carga completa de ánforas. Digamos de paso qu las ánforas de uso comercial (recipiente d cerámica de forma alargada que se aprox maba al metro de altura) servían para gua dar y transportar el vino, el aceite, los g nos; la capacidad de las naves era, muy menudo, medida de acuerdo al número ánforas que podía embarcar. La nave últim mente encontrada,la del norte de Cerdeña, ha sido aún explorada del todo; no se sa todavía qué medios y qué técnica se usará para sacar de ella el mayor provecho cie tífico posible. Es de desear que el trabajo emprenderse sea coronado con el más gran de los éxitos pues, las naves de Nemi, p sus características, a pesar de haber arr jado una luz meridiana sobre las constru ciones navales de la antigüedad, no han r velado todos los intrincados problemas q a esas construcciones se refieren.

Antes del descubrimiento de las nav nemorenses, el único resto importante que poseyó, fueron los fragmentos de una na romana encontrados en las turberas de D namarca; desgraciadamente este tesoro cremado en la guerra de 1864, no se sabe por austríacos o por prusianos.

Con las naves de Nemi el capítulo de marinería antigua, como decíamos, fue il minado por una nueva e inesperada luz, ta rica en esclarecimientos y aportes definitivo que ahora sí es posible escribir un tratad de arquitectura naval romana.

El casco de las naves habían llegado, m lagrosamente protegidos por el limo del l go, hasta nuestras manos, intactos y e plendentes. La obra muerta, si bien es más vistosa y la que permite vuelos de m yor fantasía, había desaparecido casi p completo. Veamos muy someramente alg nos aspectos de la ingeniería naval antig revelados en los estudios de las célebres naves.

En una reunión de técnicos navales celebrada en Berlín en 1931 dos estudiosos insignes presentaron una comunicación que provocó profundo interés; fueron ellos el matemático G. Rabbeno y el gran cultor de arqueología naval G. C. Speziale. De este informe me permito transcribir algunos párrafos accesibles para nosotros no técnicos en estas cuestiones: "La carena en la extremidad tiene la forma de una cuchara como la tienen los cuerpos de las aves acuáticas natátiles y la carena de las naves antiguas en general, la misma que está hoy en uso para las embarcaciones de carrera a vela."

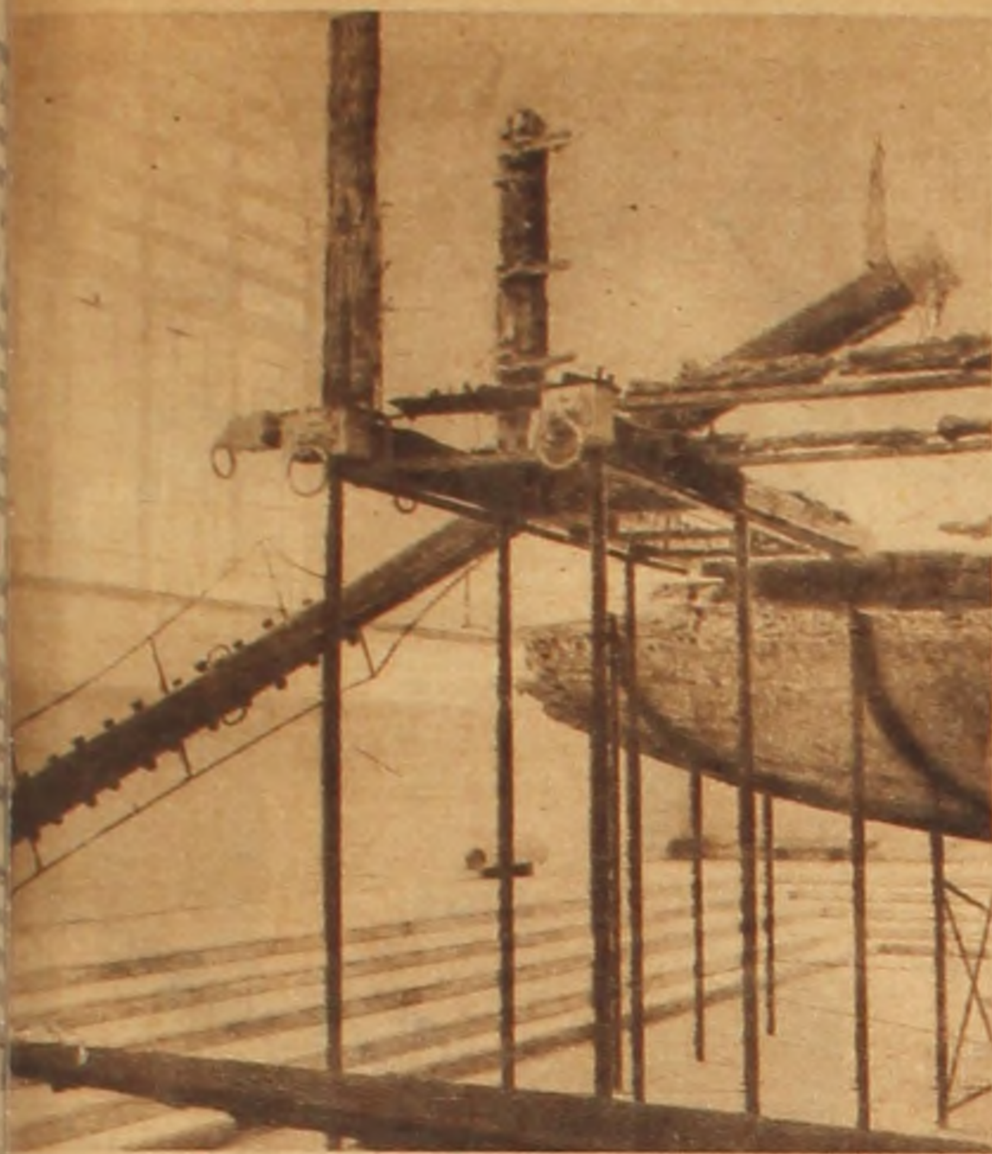
"Las naves de Nemi no debían afrontar el trabajo de las olas pero debieron soportar una carga de 600 ó 700 toneladas de material de mampostería — recuperado en gran parte — y gruesas capas de cemento para la pavimentación, y a pesar de ello resistieron sin que el fondo del casco, que quedara íntegro, mostrase huella alguna de haberse torcido por exceso de fatiga."

"De estos estudios se deduce todavía que el problema que se presenta en la mitad del siglo pasado en la mente de los constructores de barcos de hierro y madera, y que vuelve ahora a ser de actualidad en los proyectos de estructuras mixtas de hierro y aleaciones livianas, esto es, de hacer trabajar paralelamente materiales heterogéneos, fue ciertamente intuído por los romanos y a menudo resuelto." (*"Die Forschungen im Nemi-See,* etc." Berlín, noviembre 1931. Traduc. de L. G.)

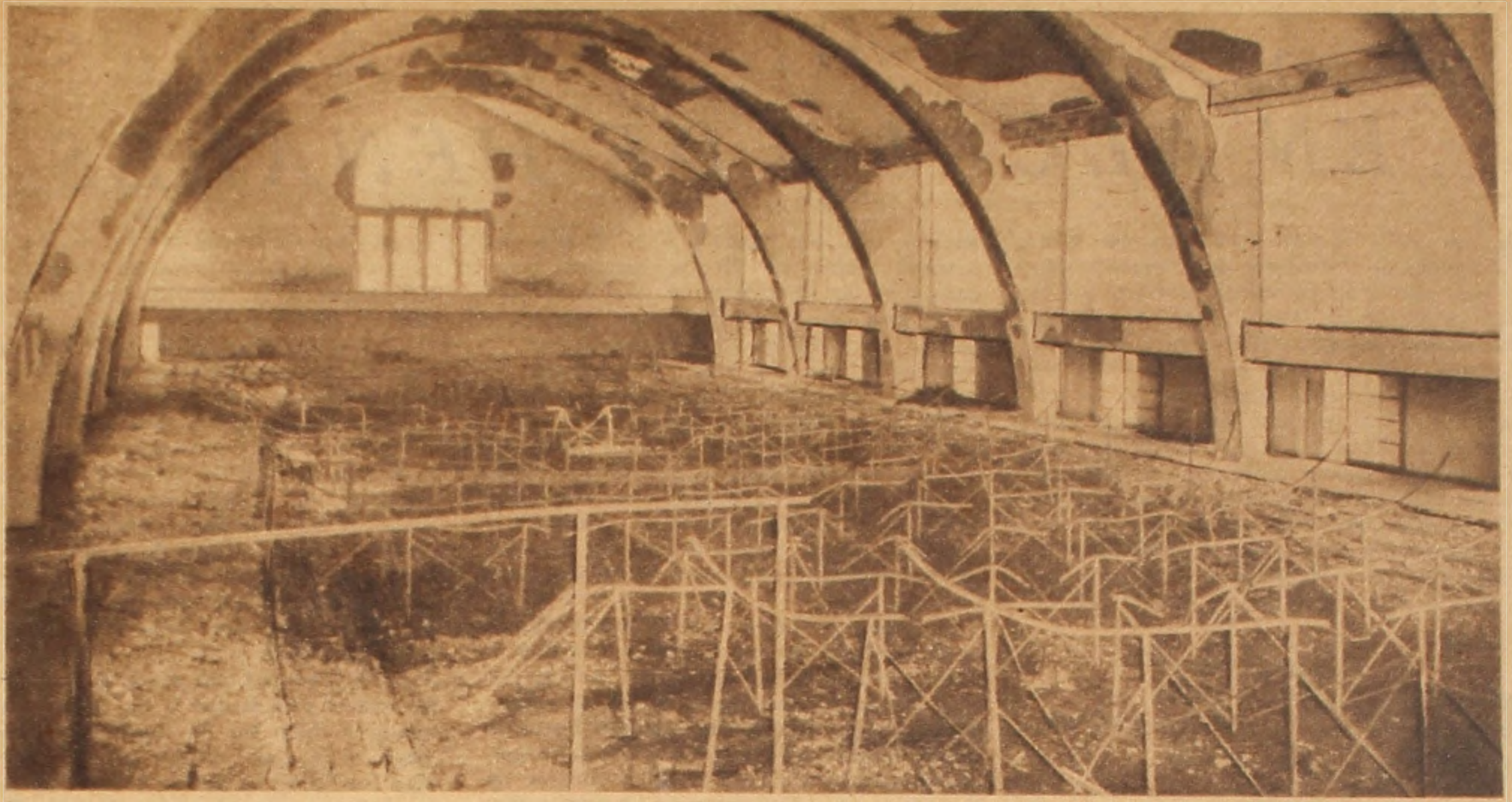
Las medidas de las naves en largo y ancho, tomadas en la línea de flotación, son: Nave I: metros 71,31 de largo por 20 de ancho. Nave II: 73 de largo por 24 de ancho. El largo de ellas, tomado en las partes más salientes sobrepasaba los 80 metros.

Para evitar la corrosión del tanino de las maderas duras sobre los clavos, éstos se encontraban protegidos por una camisa de madera dulce.

El caso de las naves, además del excelente y casi exquisito calafateo que presentaban, tenían adherido al casco un tejido de lana impregnado de una resina impermeable constituída esencialmente de pez vegetal obtenido de la destilación de maderas de coníferas. Sobre este tejido fueron colocadas hojas de plomo sujetadas por medio de clavos regularmente dispuestos y que daban a todo el casco un particular y llamativo aspecto. El tejido de lana fue estudiado en la *"Reale Stazione Sperimentale"* de Milán. De estos estudios se hicieron publicaciones de gran interés dadas las comprobaciones hechas sobre la industria del hilado y de la lana en el siglo I de nuestra era. "Casi todas las reacciones microquímicas características de la fibra animal eran todavía perceptibles", dice el informe del Dr. Camillo Levi, y agrega: "El tejido, liberado de la sustancia resinosa que lo embebía, mostró estar perfectamente tejido y constituído por lana de alto grado de sutileza. Al tomar el tejido



Obsérvese la posición del remo (eran siempre dos en las naves antiguas); con una línea de acero se ha reconstruído el perfil original del mismo. Fotografía tomada antes de la destrucción del Museo. (Foto Leonardo Cattolica).



Estado en que quedó el interior del Museo después del incendio. Así se mantuvo durante algunos años. (Foto del autor).

conservaba todavía una cierta blandura, morbidez y flexibilidad, propiedades éstas que demuestran la bondad de la lana, su fineza e integridad. El estado de conservación de la fibra ha permitido establecer con precisión la calidad por medio de un examen microfotográfico; se comprueba así que es un tipo de lana regular y de fineza "prima, o60 S". Su calidad y su regularidad confirman que los romanos poseían razas de ovinos puras. "Análogamente a cuanto de observarse en el tejido de la primera nave, todas las reacciones microquímicas características eran todavía perceptibles. Esta muestra, trofeo de alta importancia arqueológica, es el documento de un notable grado de perfección en la cría de la raza ovina y en la técnica del hilado y del tejido de la lana." (Belletino della *"Laniera"*, marzo 1932, Nº 3).

Algunas palabras sobre técnicas metalúrgicas descubiertas en las naves. Los informes sobre experiencias y estudios técnicos hechos sobre los metales de Nemi, llenan páginas y páginas; confieso que muy poco he leído de tales trabajos que escapan a mis conocimiento. De lo poco que he hurgado entre ellos tomo algunos párrafos recogidos en mis apuntes.

"Los materiales metálicos, la mayor parte conservados de un modo admirable (el ancla por ejemplo estaba revestida de un leve velo superficial de óxido) han sido objeto de delicados estudios y de un modo particular en lo que tiene relación con la resistencia a la corrosión; han ofrecido también una documentación de particular interés para la metalúrgica del hierro, del cobre, del plomo; para el estudio de las aleaciones, de la soldadura autógena y del dorado a fuego."

El hierro es purísimo, análogo al llamado "Armco" y similar a otros hoy largamente empleados, sobre todo en las construcciones que deben resistir a la acción agresiva de los agentes atmosféricos."

No se puede menos que recalcar y con el más vivo interés para la historia de la ciencia y de la técnica, que los bronces de las naves de Nemi corresponden, en su composición, al fin para el que han sido destinado (fricción, torsión, etc.) y cada tipo de bronce está de acuerdo con las más modernas prescripciones. Es impresionante el paralelismo, por ejemplo, con las normas de la D.I.N. (Normas de la Industria Alemana).

Muchas más cosas podríamos decir de lo revelado por estas naves, de su ornamentación, de sus bombas, de su sistema hidráulico, de sus plataformas giratorias, etc., mas para no cansar al lector con la insistencia del tema, cerraremos estos artículos sobre las naves de Nemi haciendo una referencia curiosa a las anclas de las mismas y al trágico fin de las naves.

Las anclas descubiertas en Nemi vinieron a resolver un oscuro problema de arqueología naval, pues toda reconstrucción hecha anteriormente y basada en fragmentos auténticos, pinturas, relieves, era hipotética y demostró ser errónea. Veamos lo que el Comandante G. C. Speziale dice sobre tales anclas: "Testimonio directo de una perfección técnica, de un conocimiento y experiencia navales que nunca nadie pensó que los romanos hubiesen podido alcanzar, esta ancla es absolutamente idéntica por sus conceptos constructivos y por la práctica marineresca que ha aconsejado tal forma, a un tipo moderno, conocidísimo entre la gente de mar y que en todo el mundo se llama «ancla almirantazgo»."

Y así se llama porque el Almirantazgo inglés, tomando la patente de uno de sus oficiales, el Capitán Rodger, que había estudiado un tipo de ancla diferente de aquellos conocidos, ordenó en el año 1852 que ésta fuese la única y reglamentaria en el nuevo aparejo usado sobre las naves de su Majestad Británica." (*Ancora Ammiragliato o ancora romana?* Roma 1938).

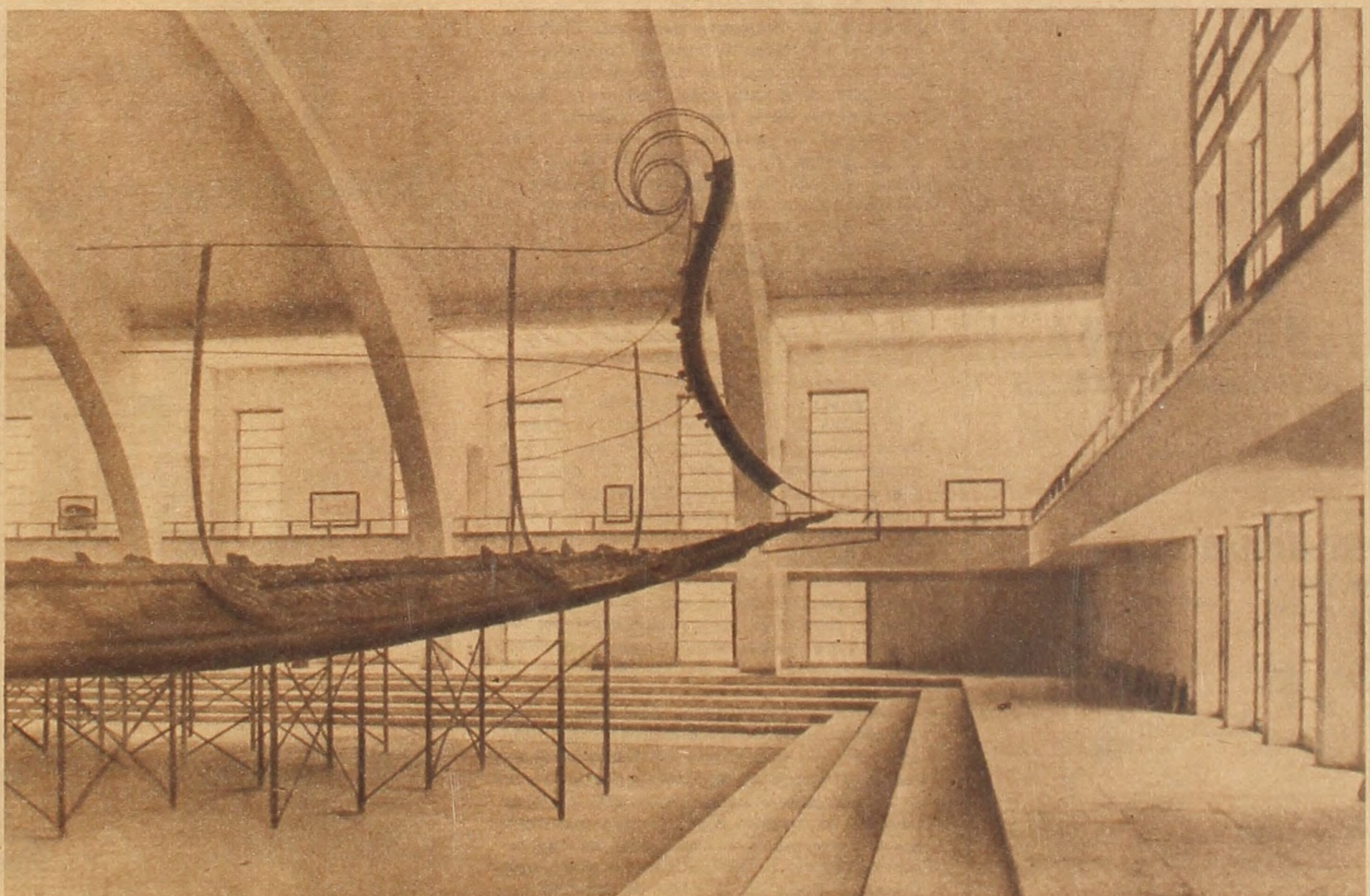
Desgraciadamente las naves sucumbieron en los tristes días de la última guerra. En la noche entre el 31 de mayo y el 1º de junio de 1944 las naves ardieron como una gigantesca antorcha que iluminó la horrenda pequeñez del hombre perdido en las iras de la guerra. El 27 de mayo de 1944 a cien metros del Museo de las naves se instaló una batería de cuatro cañones alemanes; el comandante de esta batería hizo salir a los guardianes del museo, movilizados civiles; éstos protestan pero deben obedecer ante la fuerza. Los ejércitos aliados se aproximaban a Roma; antes de abandonar Nemi los alemanes incendiaron las naves. Durante algunos años permaneció en Nemi uno de los cuatro cañones destruídos y que lucía la siguiente contraseña: "W.H. I 30183 3 59 L". Se le quiso guardar como muestra de un pasado horror como también se quiso conservar en el interior del museo las cenizas de las naves entre los retorcidos hierros que las sostenían. Todo ha sido borrado hoy en aras de un mundo mejor, de un mundo más abierto a la fraternidad. Pero todos estos buenos sentimientos, que compartimos ampliamente, no llegan a borrar el dejo de amargura que queda en el alma por la terrible e innecesaria destrucción de las naves de Nemi.

Luis **BAUSERO**

(Especial para EL DIA)



Mosaico de una de las naves salvado del incendio. (Foto I. P. E.)



Proa de la nave. Obsérvese las dimensiones y luminosidad del Museo que en cada una de sus dos galerías encerraba una de las naves. Las líneas de acero completan los perfiles desaparecidos de la nave. (Foto de Leonardo Cattolica).

LA CASA DE CERVANTES EN ALCALA DE HENARES

A los cuatrocientos diez años del nacimiento de Cervantes, se ha reconstruído su casa nativa en Alcalá de Henares. De la calle de Alcalá, en Madrid, señalada por una dieciochesca puerta sin cerradura, a Alcalá de Henares, no hay más de media hora de automóvil; "cuarenta minutos si no se corre", según las palabras del cronista Juan Sampelayo. Para el tiempo de D. Miguel, el viaje sería menos raudo, pero Alcalá, casi en los aledaños de Madrid, a poco de sus últimas calles, señalaría la ruta hacia la villa del madroño, y por aquélla encaminaríase el Cervantes niño, destinado a doctorarse en la ciencia de la vida, más de dolores que de amores. Así, en Madrid, a la diestra del maestro López de Hoyos, alcanzó conocimientos de Gramática, y por su innato gusto hizo rápidos progresos en la composición y la métrica; leyó los libros que le vinieron a mano y hasta los pedazos de papel que encontraba sobre las losas de las calles. Pero leyó sobre todo en los caracteres diversos y a veces contradictorios del ser humano. El libro del hombre, recogido o despaginado, ofreciéndose a su curiosidad penetrativa, le dictó los suyos, naturales y vitales, sustancia propia del existir, bañados de benevolente humor y de templada melancolía.

Años antes naciera en la tranquila Alcalá, la vieja Cómpluto, en donde se inscribió la auténtica partida de su llegada terrena, por más que en su caso, como en el del primer poeta griego, ciudades en disputa hubieran solicitado el honor de su cuna, — Consuegra, Madridejos, Madrid, Córdoba y Alcázar de San Juan —, y por más que Azorín, antes de tales afirmaciones de documento, escribiera que "Cervantes no ha nacido en La Mancha y pertenecía a La Mancha".

En la historiada ciudad que no ensayó vuelos modernos, comienza la vida de Cervantes, y allí se consagra, en breve avenida que guarda las dimensiones de antaño, frontera a la iglesia de su bautismo, el recuerdo del hidalgo, en flaca estatua que lo mismo puede ser la de su efigie como la de Don Quijote, que no ha dejado de parecer trasunto autobiográfico, personaje en el cual, con los contornos que la imaginación magnífica y agudiza, están algunas de sus propias aventuras y desventuras, de sus anhelos inferiores a sus méritos y de sus sueños sin soberbia ni sobresalto.

De la casa natal de Cervantes quedaba solamente un terrón en cada día más deleznable; la huella del antiguo patio, las líneas ya desdibujadas del solar de hace siglos. Por los empeños de la Diputación Provincial de Madrid, se ha reconstruído en breve plazo, "y con gran fidelidad los aposentos, muebles y enseres adecuados", la morada de los años infantiles del autor del Ingenioso Hidalgo, de la graciosa Gitanilla, del Licenciado Vidriera, del Viaje al Parnaso, de los sonetos y los entremeses.

La casa, con arcaico sabor, con aire retrospectivo, quedó, según apunta el cronista, con acercado recuerdo a tan lueñes días, como si Don Miguel acabara de salir para ir a jugar en la plaza; como si el padre, el Cirujano Don Rodrigo Cervantes, acabara de operar a un sujeto, y como si la madre, hacendosa y religiosa, allí cerca de un ventanuco, sobre el cojín bajito, estuviera desgranando las cuentas del rosario.

De los caminos de España, especialmente de los de Castilla y de La Mancha, como si se dijera de la ruta de Don Quijote, en repaso de sus itinerarios reales e ilusorios, trató Eugenio Montes, en uno de los discursos de la ceremonia inaugural. Refirióse entonces a la fama literaria de condicionales alcances; a lo que los contemporáneos no descubren de pronto, sobre todo en los hombres dotados de la sencillez cotidiana que a D. Miguel le ponía en el término medio de las gentes, sin aspavientos ni menos egolatría, sin alarde de aptitudes, ni prisa de los que suelen marchar a empellones en busca de los primeros puestos.

Montes, en el giro suave y persuasivo de sus ensayos hablados, que se alimentan de buena entraña de poesía, cerró su oración con la memoria del capítulo XXXIX del "Quijote", cuando el andante mira desde la cuesta de Zulema a las torres de Alcalá, "en ese prodigioso aire de Castilla".

El poeta colombiano Eduardo Carranza, a la postre de su canto en prosa "al poderío de la lengua castellana", recordó que los cien primeros ejemplares del "Quijote" con destino a América, entraron por las puertas de labradura hispánica de Cartagena de Indias, para añadir que Quijotes del mar, de la llanura y de la selva, fueron los conquistadores, y completar sus palabras con la lectura de algunas páginas en las que Azorín traza el paisaje manchego en cuyos horizontes los molinos de viento marcan como el ritmo propio al paso de los jinetes del rocín y del jumento.

Desde los comienzos de este año, la Casa de Cervantes, aproximadamente reconstruída, se abre ya a una suerte de sentimental turismo, y ofrece el ámbito de ha siglos, el de los orígenes y los primeros años del alcalaíno de las novelas ejemplares, y aún cuando no corresponda a exactitudes ciertas, como en el caso de la morada del afortunado Lope de Vega, en la calle de Madrid que hoy lleva el nombre de Cervantes, despertará las evocaciones de su cuna complutense, y como en un regreso, tal como lo quieren los munícipes de la provincia, convocará en su galería de museo a las ediciones universales de sus libros, a las innumerables láminas en las cuales las aventuras de Don Quijote prosiguieron y se continuaron en las interpretaciones pictóricas a las que se presta historia tan humanamente edificante.

Y así los españoles para quienes el tema es familiar, como los viajeros de otros climas, irán de visita a la Casa de Cervantes y encontrarán armonías antiguas que se entonan en torno, especialmente las de su recinto universitario que "juntamente con Salamanca atrajo como un faro a los estudiosos del mundo conocido entonces". "Una alegre juventud — escribe Gerardo de Nardiz — pobló sus aulas y deambuló por sus calles. Aquella juventud que nutría sus mentes con las sabias enseñanzas y de la que salieron nombres como los de Quevedo y Lope de Vega, tenía que templar su cuerpo con el vino fuerte de la tierra. Y por eso, junto a la piedra solemne e inmortal de la Universidad alcalaína y de los templos que elevó el fervor del pueblo, alzaba sus muros el mesón, descanso de arrieros y de estudiantes. Allí, tal vez, Miguel de Cervantes apuró el último trago antes de emprender su andariega vida de trotamundos, o don Francisco de Quevedo buscó la inspiración para un soneto en el fondo de un vaso de vino que tan amables horas había proporcionado ya a aquel ribereño del Henares que fue el Arcipreste don Juan Ruiz".

Como lo previó el fundador de la Universidad complutense, el Cardenal Cisneros, al decir que el edificio cuya fachada se rodea del cordón franciscano, comenzado en tierra humilde acabaría en piedra, el viaje de don Quijote asciende desde las ventas y los mesones; desde las leguas pardas en donde pesa la fatiga y la sed enciende el pecho, hasta las veredas por donde, ya salvadas su amargura y su locura, es guía de noble desinterés para los cuerpos señeros y ejemplo de altos ideales para los que marchan asidos sólo de los serviles pensamientos.

En una estampa conmemorativa de la reconstrucción de la Casa de Cervantes en Alcalá, vemos al nuevo español de levita y chistera, que lleva como en triunfo a Don Quijote, tomando de las riendas a su Rocinante. El hidalgo de La Mancha calza espuelas, lucientes como una estrella, y cerca de la crin bien peinada de su caballo, descansa, como símbolo, la anacrónica lanza. Sancho, a la zaga, está contemporáneamente encalvecido, y mientras se abriga una pierna para defenderse de la artritis, ya no parece cercano a la zozobra. A lomo de asno llegará a seguro puerto. Desde una nube no muy alta, con sus vestidos de la tierra, indumentaria de hidalgo pobre, la barbilla en punta sobre la gorguera de barato encaje, Don Miguel de Cervantes, desde un trozo que hay que suponer celeste, continúa dirigiendo el tránsito de sus criaturas.

Augusto **ARIAS**

Quito, 1957.

(Especial para EL DIA)



Molinos del Quijote en Campo de Criptana.



Sancho y su rucio, grabado de Gustavo Doré.



Pila en que fue bautizado Cervantes, en Alcalá de Henares.

EL VILLANCICO A TRAVES DE LAS EPOCAS

ASI como el madrigal, claro exponente de la evolución de una cultura y de una época, es una forma que se agranda y llega a tener verdadera jerarquía en el período renacentista, hay formas que siendo de origen eminentemente culto y elevado se popularizan debido al papel que desempeñan dentro de la vida musical de los pueblos. La música como célula activa y palpitante del nacer, del vivir y del morir de los hombres aparece en los acontecimientos máximos de la humanidad con su presencia indiscutible de arte superior para captar y trasmitir las vibraciones y las reacciones humanas ante los hechos trascendentales.

El nacimiento de Cristo es, dentro del más profundo y auténtico drama universal, un punto culminante de donde parten todas las artes, por ofrecer, dentro de su maravillosa grandeza y humildad, el ejemplo más acabado de lo que podemos llamar el nacimiento a un mundo nuevo.

Sabemos perfectamente que todas las artes encontraron en esto la más sublime fuente inspiradora. Que no diremos de la historia musical. Desde la primera Navidad hasta nuestros días han surgido uno tras otro, desde los emocionantes cánticos de las Catacumbas romanas, pasando por los himnos medioevales y los monumentales oratorios de nuestra época, una gran cantidad de obras musicales destinadas a recordar y glorificar el nacimiento de Jesús. El drama cristiano por serlo el de todos los hombres, desde el más humilde al más encumbrado tuvo que tener su propia literatura musical que también fuera la de todos. Si bien los quieren rememorar, debido a su misma elevan con su arte superior el dramatismo que quieren rememorar, debidoi a su misma elevación no cumplen su misión de universalidad. Es entonces que aparece el villancico que es, actualmente la forma universal más popular y más sencilla que todo hombre puede utilizar cuando su alma siente el íntimo deseo de adorar y recordar el nacimiento de Aquel a quien venera para acercársele por medio de la música.

La noticia más remota del interés humano por conmemorar el nacimiento de Cristo se remonta al primer siglo de nuestra era en los exhortos del Papa Clemente I para que se recuerde la Navidad.

Si bien en todos los países europeos el villancico, el noel o el carol tienen su aparición más o menos dentro de una misma época, la fuente más rica de recolección y de historia la tiene el villancico español.

La palabra "villancico" deriva directamente de villano, aldeano, y significa literalmente canto rústico o de pueblo, pero se cree que la palabra e incluso el molde primitivo de esta forma musical fue introducido en Castilla como una derivación e imitación de las "Cantigas de vilhao" provenientes de Portugal y que eran músicas y danzas con que los aldeanos celebraban sus fiestas.

Los primeros villancicos españoles que se conocen datan del s. XIII, están escritos en lengua vulgar y tienen la forma del virelai francés, estando compuestos por un estribillo como refrán y de una copla que se van sucediendo y repitiendo ya sea seguida o alternativamente.

Gran parte de las famosas Cantigas de Santa María, de Alfonso "El Sabio", pueden considerarse como villancicos, constituyendo los más hermosos ejemplos de monodía del período medioeval. A las canciones populares religiosas de esa época que estaban dentro de la tradición de las Cantigas éstas y que celebraban los personajes del drama cristiano también se les llamaban villancicos.

El "Cancionero de Palacio" es una de la más completa recopilación de canciones de Corte pertenecientes a un período que va desde mediados del s. XV a los comienzos del XVI. Este importante documento musical fue descubierto por el musicólogo y compositor Barbieri; son más de quinientas canciones, algunas anónimas y otras de los compositores españoles más grandes de la época. Es interesante hacer notar que casi todas llevan el título de villancico, estando escritas a tres y a cuatro voces mientras que sus textos están en castellano, vasco, francés, etc.

Juan Del Encina marca una época en la música española que será luego el comienzo del teatro español. Son las "Representaciones" en el estilo de los Autos o Misterios medioevales y basados en las Eglogas de Virgilio, algunas de estas obras terminaban con el canto de un villancico.

A estos villancicos debemos agregar ahora los del Cancionero de Upsala, los del Cancionero de Medinaceli y los de Sablonara; ya en pleno renacimiento Juan Vázquez, autor de cantidad de villancicos entre ellos el famoso "De los álamos vengo madre", de inspiración popular, es el continuador directo de Juan Del Encina. Es de hacer notas que sobre este villancico está escrito uno de los temas del primer movimiento del "Concerto" de Manuel de Falla.

Durante todo el siglo XVI el canto de los villancicos en la iglesia, especialmente en Navidad, fue muy usado.

Los villancicos del renacimiento tenían más bien forma de cantata con sus correspondientes arias, dúos y coros. Durante el siglo XVII estuvieron tan en auge y se impusieron de tal manera que en algunos casos lograron suplantar trozos tan característicos y litúrgicos como el Ofertorio, el Gradual y los Responsorios de Maitines. Todas las catedrales españolas cuentan con completísimos archivos musicales y ellos están repletos de manuscritos de villancicos utilizados para los servicios religiosos. Ya no aparece más la forma del virelai francés del medio-evo y en estos aspectos se acerca en algo a la cantata alemana y al anthem inglés, destinado ambos a las fiestas de Navidad, de Pascua y de Corpus.

En el vastísimo terreno de la música profana, especialmente en el teatral el villancico tuvo marcada importancia.

Aunque modernamente el villancico es considerado como una canción del folklore tradicional, de aire más bien pastoril y empleada por el pueblo casi exclusivamente en las celebraciones navideñas, las antiguas y populares melodías han tenido influencia sobre la nueva generación española de músicos cultos.

Recordemos el ya señalado "Concerto" de de Falla al que debemos agregar ahora el arte personalísimo de Joaquín Rodrigo. Este eminente valenciano nos muestra en su inspirado "Villancico para orquesta de cuerdas" un nacionalismo de corte ibérico muy similar al del Retablo de Manuel de Falla.

Portugal está por razones de historia y de situación geográfica íntimamente ligado a España y como tal su música y sus costumbres tradicionales. El villancico portugués, como forma popular del madrigal renacentista imperante en el resto de Europa, fue muy cultivado. Gil Vicente es el auténtico fundador del teatro portugués y por ser a un mismo tiempo intérprete y compositor, colocaba gran cantidad de villancicos entre las escenas de autos sacramentales y comedias.

Pero realmente la auténtica época de oro de la música lusitana es la del reinado de Juan IV; este erudito maravilloso, es el autor de uno de los libros más antiguos de la crítica musical "Defensa de la Música moderna", se cree que de 1650. En ese libro, en el catálogo de villancicos figuraban más de quinientos.

Miremos ahora hacia Francia, de allí nos llegará el perfume diluído de las viejas "Chanson de Noel" de los milagros medioevales del siglo XII.

Los primitivos noel que ilustraban el nacimiento de Jesús eran completamente simples y acompañaban con su canto las procesiones populares.

Ya en pleno siglo XIII es el gran genio de Adam de la Halle con su canción "Diex soit en cheste maison" quien abre el período del noel artístico.

Hay que acercarse luego hasta el siglo XVI para encontrar ejemplos de noel popular que se han conservado a través de los años como los de Lucas Le Moigne, los de Jean Daniel llamado "Maitre Miton" y los de Nicolás Martín, todos ellos de 1530.

Ya en la plenitud de 1800 aparece la "Biblia de Noel', recopilación de fragmentos que se cantaban sobre aires antiguos; los hay de las formas más originales y en todos los idiomas, estando algunos arreglados para órgano por músicos de la talla de Daquin o Pierre Dandrieu.

Al encanto llano y simple, a la gracia natural que reflejan los antiguos noel, sucede una época ampulosa y de falso convencionalismo que les hace perder todo su auténtico carácter de sencillez y de hálito divino.

En la actualidad el noel en Francia es una melodía, la mayor parte de las veces popular, destinada a la Natividad del Señor, que se canta ya sea en la iglesia o en el hogar y que no es obligatoriamente de carácter religioso.

En Italia, el madrigal, al tener carácter navideño, se conoce también con el nombre de "Pastorale" y tiene las mismas características formales del madrigal, mientras que su intención es exactamente igual a la del villancico español o el noel francés.

En Alemania el villancico popular fue cultivado ya como antiguo choral en los núcleos medioevales o como la clásica cantata. Nos llega hasta hoy el recuerdo de uno de pleno siglo XII "Der Tag ist so Freundlinch".

Los Carol ingleses aparecen ya en documentos del siglo V y muchos aseguran que esta palabra es de origen italiano y que proviene de "carolare", danza medioeval. Los primitivos carols eran incluídos en representaciones bíblicas hechas en ferias y en templos, anteriormente al medioevo; sin embargo, autoridades musicales de Inglaterra dan como fecha de nacimiento del auténtico carol al siglo XV, cantado como es de suponer en latín.

En el siglo XVII cuando los Puritanos abolieron las festividades de Navidad, los carol pasaron al acervo popular y folklórico, siendo sus textos ya en inglés. La "Primera colección inglesa moderna de carols tradicionales" fue hecha en 1822 por Davies Gilbert.

El nuevo mundo que asimiló en sus orígenes las fuentes de cultura europeas que el conquistador trasplantó, asimiló también gran parte de las tradiciones religiosas, especialmente las de las fiestas que conmemoran el nacimiento de Jesús. En pleno siglo XVI, tres años después de Cortés conquistar México, en 1524, el franciscano Pedro de Gante implantó en Texcoco una rudimentaria escuela de música y puso en práctica villancicos religiosos a cuatro voces.

Estando las colonias ya organizadas, el villancico que nos llegó siempre fue el de la edad de oro española.

Más cercanos a nuestros días son las noticias que nos llegan sobre los villancicos compuestos por Sor Juana Inés de la Cruz.

En nuestro continente nos encontramos con los "Cánticos Pastoriles" del norte brasileño, de gran influencia portuguesa pero con cierto sabor nativo.

Así también los "Aguinaldos" venezolanos son de carácter festivo y alegre, humorísticos, pero respetando siempre el tema religioso al que sirven.

Tal los cantares navideños del mundo, que a través de países e idiomas distintos elevan su voz de paz y de amor; esperemos que siempre pueda ser la conmemoración del nacimient ode Cristo lo que una a todos los hombres sobre la tierra.

Susana *SALGADO GOMEZ.*

(Especial para EL DIA).





Grabados que ilustran las Cantigas de Alfonso El Sabio (siglo XIII).







Interesante fiesta en la terminación de cursos, realizada en el Liceo de la ciudad de Pando, que dirige interinamente el profesor señor Wáshington Viola Berrutti. En la foto aparece el Coro que dirige la profesora señora Dilia Bianculi de Beltrame, que interpretó diversas y hermosas canciones.

INFORMACION GRAFICA

Sra. MARIA MENDIBURU DE PUPPO, venerable dama, fallecida el 24 del pasado mes de noviembre, produciendo su tránsito intensa pena entre quienes tuvieron a gala el haberla conocido y tratado, admirándola por sus virtudes, excelsa bondad, y clara inteligencia que tantos y constantes afectos despertó en vida.





Fiesta de fin de curso, en la Escuela Pública Nº 166 de 2º Grado de Peñarol. Uno de los números del acto de clausura.



Escuela Nº 159, "Presidente Tomás Berreta", sita en el Balneario S. Luis (Canelones), se realizó la fiesta escolar de fin de curso.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

TARZÁN HABIA DECLARADO QUE EL QUERIA GANAR EL PREMIO EN LA CORRIDA DE TOROS. "MUY BIEN SONRIÓ GOMEZ. "MAÑANA TOREA"





